

LILIANA BODOC • FEDERICO LORENZ
HINDE POMERANIEC • MARÍA INÉS FALCONI
MARIO MÉNDEZ • ANA MARÍA SHUA

Historia se hace ficción I

Para pensar las efemérides en el aula

El principal valor de las efemérides está en que permiten estimular la curiosidad respecto de nuestro pasado, la discusión acerca de nuestro presente y las imaginaciones sobre nuestro futuro.



Las efemérides son fechas que conmemoran hechos significativos para la conformación de una sociedad. Cada una de esas fechas se asocia a símbolos específicos, a nombres relevantes y a modos de celebración.

En este libro, destacados autores desarrollan textos de ficción que remiten a algunas de las más importantes fechas recordatorias de nuestro país.

Para abordar el Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia, Liliana Bodoc escribe sobre los libros infantiles prohibidos por la dictadura; Federico Lorenz viaja a Puerto Madryn y retrata a los combatientes de la guerra de Malvinas; Hinde Pomeraniec presenta a una abuela sobreviviente del Holocausto, para reflexionar sobre el Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural; María Inés Falconi construye una escena teatral en la casa de Cornelio Saavedra durante la Revolución de Mayo; Mario Méndez acompaña a Manuel Belgrano en el exodo jujeño y en la presentación de la bandera y, finalmente, Ana María Shua visita una casa crolla de Tucumán en la noche de la declaración de la independencia.

Cada uno de estos textos de ficción se inspira en un documento histórico y remite a una de las efemérides que se recuerdan en la primera mitad del año. En el siguiente tomo, abordamos las que se conmemoran durante la segunda mitad. La selección de las fuentes históricas y el cuidado de los textos estuvieron a cargo del investigador y profesor de Historia Federico Lorenz.

NARRATIVA HISTÓRICA



CC 2901262
ISBN 978-987-545-695-2



Norma
www.kapelusznorma.com.ar

Norma

Vendúica & Episolfi
Profesores de Educación
Primaria

La historia se hace ficción I

- Liliana Escobar
- Federico Lorenzini
- María Pomeroy
- Wanda Inés Falcón
- Mario Méndez
- Ana María Souza

Selección de ficciones históricas y juveniles
a cargo del profesor Federico Lorenzini



www.norma.com.ar
Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima, México,
Pinar del Río, Quito, San José, Santiago de Chile

ISBN 978-950-07-0022-5
 136 p. : 12 x 17 cm
 Grupo Editorial Norma
 La historia se hace ficción I

La historia se hace ficción I

- Liliana Bodoc
- Federico Lorenz
- Hinde Pomeranic
- María Inés Falconi
- Mario Méndez
- Ana María Shua

Selección de fuentes históricas y lectura crítica
 a cargo del profesor Federico Lorenz



www.kapeluznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima, México,
 Panamá, Quito, San José, San Juan, Santiago de Chile

La historia se hace ficción I / Liliana Bodoc ... (et al.) -
1a ed. - la reimpr. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Grupo Editorial Norma, 2016.
136 p. : 19 x 13 cm.
ISBN 978-987-545-695-2
CDD 863.9282

© Liliana Bodoc, Federico Lorenz, Hinde Pomeraniec,
María Inés Falconi, Mario Méndez, Ana María Shua, 2015
© Editorial Norma, 2015
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Primera edición: enero de 2016

Primera reimpresión: abril de 2016

Edición: Laura Leibiker

Coordinación: Virginia Ruano

Diagramación: Romina Rovera

Diseño de tapa: Valeria Bisutti

Corrección: Roxana Cortázar

Documentación gráfica: Estefanía Jimenez

Selección de fuentes históricas y lectura crítica: Federico Lorenz
Agradecemos a Paula Bombara por la sugerencia del uso de
documentos históricos.

CC 29011262.

ISBN 978-987-545-695-2

Wikimedia Commons: Shutterstock.com: 194681/Shutterstock.com,
ArcaMari/Shutterstock.com, Milope/Shutterstock.com, Cleopatra Design/Shutterstock.com,
Aldapix/Shutterstock.com, IgorGolovinski/Shutterstock.com

Historia que se
en el calendario

Índice

Prólogo: *Historias que se marcan
en el calendario*

FEDERICO LORENZ 7

I. 24 de marzo de 1976:

3155 o El número de la tristeza

LILIANA BODOC 11

II. 2 de abril de 1982: El día que en

Madryn se acabó el pan

FEDERICO LORENZ 27

III. 19 de abril de 1943: La bobbe se puso

triste de nuevo

HINDE POMERANIEC 51

IV. 25 de mayo de 1810:

Acá hay gato encerrado

MARÍA INÉS FALCONI 65

V. 20 de junio de 1820: Los patriotas decididos.

Una historia de amor revolucionario

MARIO MÉNDEZ 89

VI. 9 de julio de 1816: ¡Tenemos patria!

ANA MARÍA SHUA

Biografías de los autores

113

127

ISBN 950-00-0000-0

I. 1 de mayo de 1810: ¡Tenemos patria!
 FEDERICO LORENZ
 II. 2 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 III. 3 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 IV. 4 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 V. 5 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 VI. 6 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 VII. 7 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 VIII. 8 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 IX. 9 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 X. 10 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XI. 11 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XII. 12 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XIII. 13 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XIV. 14 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XV. 15 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XVI. 16 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XVII. 17 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XVIII. 18 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XIX. 19 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XX. 20 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXI. 21 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXII. 22 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXIII. 23 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXIV. 24 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXV. 25 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXVI. 26 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXVII. 27 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXVIII. 28 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXIX. 29 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXX. 30 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ
 XXXI. 31 de mayo de 1810: El día de la bandera
 FEDERICO LORENZ

Historias que se marcan en el calendario

FEDERICO LORENZ

DESDE TIEMPOS antiguos, diferentes pueblos y culturas ataron su pasado a fechas determinadas que debían ser recordadas. Las comunidades se construyeron en torno a festividades religiosas y a ciertos aniversarios que marcaban los ritmos del año, de la vida de las personas y de las generaciones. Con la formación de los Estados modernos, sobre todo desde el siglo XIX, las efemérides escolares (nacionales y provinciales) organizaron la manera en la que los niños comienzan a incorporar el pasado a sus vidas. Se trata de fechas significativas para un país y para sus habitantes. Se volvieron importantes por distintos caminos: por decisiones políticas, por la lucha de

diversos colectivos sociales, por el peso de las tradiciones transformadas en leyes.

Las efemérides son fechas convencionales: se trata de momentos que elegimos recordar porque les asignamos un significado especial. Pero este no es ni estático ni eterno, porque las miradas sobre el pasado cambian como cambian las sociedades. Sin embargo, muchas fechas permanecen en las memorias colectivas con tanta fuerza que llegamos a creer que allí estuvieron siempre. Si hablamos de "memorias colectivas" es porque no hay una mirada única sobre el pasado: las formas en las que lo contamos y recordamos varían con el tiempo, las investigaciones y la curiosidad o el interés de las personas. Como resultado, se consolidan ciertas ideas: por ejemplo, que "la patria nació tal día", que determinado personaje fue "el mejor de todos", que a partir de un suceso particular "dijimos nunca más".

Este libro nace del reconocimiento del peso que las efemérides tienen en la escuela. Está alimentado por la idea de que la narración es una herramienta fundamental para relacionarnos con el pasado. Reúne seis historias ficticias, pero que podrían haber ocurrido. Porque transcurren en momentos de importancia histórica y porque algunos de sus protagonistas, así

como los hechos que narran, existieron. La historia y la ficción se unen para ofrecernos otra posibilidad de acercarnos al pasado. Los autores exploraron temas de nuestra historia que constituyen efemérides. Leyeron crónicas, documentos y otras fuentes históricas; buscaron imágenes antiguas y se inspiraron en lo que otros habían escrito. Reconstruyeron un tiempo histórico, les dieron vida a personajes imaginarios y colocaron a otros, reales (y seguramente más conocidos, porque están en los billetes, en los monumentos de las plazas, o son nombres de calles), en situaciones que imaginaron.

El principal valor de las efemérides está en que permiten estimular la curiosidad acerca de nuestro pasado, la discusión sobre nuestro presente y las imaginaciones sobre nuestro futuro. Son, sobre todo, puntos de encuentro.

La historia se hace ficción está organizado en dos tomos; cada uno se compone de seis relatos sobre las efemérides más importantes que acontecen en el transcurso del año escolar. Los personajes y sucesos que evocan algunas de ellas sucedieron hace mucho tiempo; pero otros, hace muy poco, y sus protagonistas aún viven entre nosotros.

Esa convivencia da idea, también, del paso del tiempo. Las fechas que para las generaciones pasadas

fueron "fundacionales" suman otras más recientes. El objetivo de estos relatos es que, alrededor de situaciones que "podrían haber sucedido" o que son "como si hubieran sucedido", reflexionemos sobre nuestra historia, sí, pero también sobre nuestra realidad.

Como nos parecemos a lo que elegimos recordar, estos libros son una puerta para explorar el pasado y pensar al respecto de la mano de historias de gente común, personas como nosotros, que en algún momento tuvieron que hacer cosas extraordinarias.



I. 24 de marzo Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia

El 24 de marzo de 2006 se conmemora el Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia. Este día fue establecido por el Congreso de la Nación Argentina en el año 2006, con el fin de honrar a las víctimas de la última dictadura militar y promover la búsqueda de la verdad y la justicia.

Decreto 3155/1977 (fragmento)

Visto las facultades conferidas al Poder Ejecutivo por el art. 23 de la Constitución nacional, durante la vigencia del estado de sitio, y

Considerando: [...] Que del análisis de las publicaciones tituladas "Un elefante ocupa mucho espacio" de Elsa Isabel Bornemann, y "El nacimiento, los niños y el amor" de Agnés Rosenstiehl, ambos de "Ediciones Librerías Fausto", surge una posición que agravia a la moral, a la familia, al ser humano y a la sociedad que este compone.

Que en ambos casos, se trata de cuentos destinados al público infantil, con una finalidad de adoctrinamiento que resulta preparatoria a la tarea de captación ideológica del accionar subversivo.

Decreto emitido por el Poder Ejecutivo Nacional el 13 de octubre de 1977 y publicado en el Boletín Oficial del 19 de octubre de 1977 - ADLA 1977-D, 3865.

3155 o El número de la tristeza

LILIANA BODOC

Por decreto N° 3155, publicado el 13 de octubre de 1977, fue prohibida la distribución, venta y circulación de un libro para niños. Dicho de otro modo, amordazaron a un elefante.

MIL NOVECIENTOS setenta y seis. Se apagó el verano. Se escuchó la tos seca del otoño.

La ciudad se llenó de carretas negras, conducidas por sombras. Los relojes tomaron la costumbre de detenerse muy temprano porque la calle y la noche eran una combinación impensable. Los gritos de las almas que intentaban escapar de sus perseguidores se escuchaban con claridad, pero nadie tenía atención para prestarles. Ni amor suficiente para salir en su ayuda.

Las ventanas perdieron su propósito principal: mirar la vida. Y los susurros se transformaron en una manera de pensar. Sin embargo, había gente que leía cuentos.

Hubo un padre...

El mío. Se llamaba Andrés, y no entiendo cómo me parecía grande si solamente tenía 23 años.

Me quedaron su pensamiento, el color de los ojos y su fotografía. Pero las fotografías tienen un tremendo problema: no cambian, no envejecen. Por eso, hoy tengo más años de los que él tenía cuando me leyó el cuento de Víctor, el elefante.

—*¿Te has vuelto loco, Víctor? —le preguntó el león, asomando el hocico por entre los barrotes de su jaula—. ¿Cómo te atreves a ordenar algo semejante sin haberme consultado? ¡El rey de los animales soy yo!*

La risita del elefante se desparramó como papel picado en la oscuridad de la noche.

—Ahora tengo que irme —dijo mi papá—. Mañana seguimos. Le pedí que leyera un poquito más, pero me respondió que se le hacía tarde. Recuerdo que, desde la cama, vi los pantalones anchos y coloridos de mi mamá, que miraba desde la puerta del dormitorio. Ella tampoco quería que se fuera.

Mi papá se acercó para darme una explicación inapelable.

—¿Viste el cuento que acabamos de leer?

—Ajá.

—¿Te cayó bien ese elefante?

—Ajá. Sobre todo, me gustó lo de la risa como papel picado.

—Bueno... Alguien ordenó que nadie, nunca más, pue- de leer ese cuento; que hay que sacarlo de las librerías y alejarlo de las casas y de las escuelas. ¿Eso te parece bien?

—Me parece mal —contesté.

—A mí también me parece mal. Por eso tengo que irme. ¿Entendés?

Yo entendí más o menos, pero lo suficiente como para resignarme. Papá dejó el libro sobre la mesita de luz.

—Te prometo que mañana lo terminamos —dijo, sin intención de mentir.

Después escuché los zuecos de mamá cuando lo acom- pañó hasta la puerta. Y escuché el silencio inconfundible de un beso.

Y hubo una madre. En el bobby car y en la noche la mía. Ella era asustadiza. Mala, no. Asustadiza. Esa tarde entró a mi dormitorio y se puso a revolver los estantes.

—¿Dónde se metió? —decía para sí misma.

—¿Qué buscás? —pregunté.

—Ese libro que te regalaron para el cumpleaños. ¡El del elefante!

Sabía que mi mamá no podía estar buscando el libro para leerlo, porque siempre tenía cosas mucho más importantes que hacer. ¡A ver si iba a perder tiempo con tonterías!

Entonces, ¿para qué lo buscaba? —dijo. Y miró al elefante de color violeta y pantalones rayados como si estuviese frente al demonio.

—¿Para qué lo querés? —pregunté. Ella me respondió mientras se iba, por eso pensé que no había entendido bien. No pudo haber dicho "para quemarlo". No pudo haber dicho eso. La alcancé en la cocina y volví a mi pregunta:

—¿Para qué, mamá? Se dio vuelta y me miró con expresión severa.

—Para quemarlo, Mariana. Para quemarlo. Antes de preguntar alguna otra cosa, necesitaba entender. Y la verdad, yo no lograba hacerlo. Mi mamá se detuvo apenas en una explicación.

—Lo prohibió el gobierno. No se puede tener en casa, ni en la escuela. ¡Mucho menos, leerlo! —y agregó—: No me explico cómo tu tía te regaló una cosa así.

—Es lindo —dije—. Hay muchos animales que quieren volver a ser libres...

—¡Ni me hables! Mamá buscó los fósforos, en los que tres patitos se alineaban en formación estricta, y caminó hacia el patio. Yo fui detrás. Era tan evidente su determinación que ni siquiera me atrevía a pedirle que no lo hiciera. ¿Por qué prohibían un libro? A lo mejor contagiaba alguna enfermedad. Me pasé las manos por la pollera.

Mientras tanto, mi mamá había puesto el libro en un fuentón de aluminio. Me gustaría decir que le temblaron las manos, pero la verdad es que no fue así. Ni las manos ni los ojos. Más bien me pareció que se sentía importante. Miró su obra durante un rato, y se fue. Una frase del cuento me vino de pronto a la cabeza.

—¿Qué disparate es este? ¡A las jaulas! —y los látigos silbadores ondularon amenazadoramente. ♦

También hubo una estatua.

La estatua que había en la fuente del parque de mi barrio. Que a un bloque de mármol blanco le den forma de jovencita no es algo sin consecuencias, porque de tanto cincel y martillo la piedra se despierta. Alguien la sacó de su sueño para darle cintura,

cabello retorcido a un lado. Y unas manos delgadas y larguísimas donde pudieran posarse los pájaros del parque.

Mi prima y yo teníamos la costumbre de pasear cada tarde por el parque. Y casi siempre llevábamos un libro. Nos gustaba sentarnos en la fuente para que mi prima, tres años mayor que yo, leyera en voz alta.

A veces, muy de tanto en tanto, yo tenía la sensación de que la estatua, a nuestras espaldas, prestaba atención a la lectura. Y hasta llegué a pensar que algunos cuentos le gustaban más que otros. Claro, nunca le dije eso a mi prima porque los pensamientos suelen dar vergüenza.

Esa tarde leíamos el cuento de un elefante que quería hacer huelga general en el circo.

Que un elefante ocupa mucho espacio lo sabemos todos. Pero que Víctor, un elefante de circo, se decidiera una vez a pensar "en elefante", esto es, a tener una idea tan enorme como su cuerpo... ah... eso algunos no lo saben, y por eso se los cuento.

Hubiésemos terminado el cuento de no ser por una de esas lluvias repentinas que solamente sirven a los enamorados, pero no a los niños que juegan en los parques.

Una gota en medio de la página y mi prima, cuya misión era velar por mi integridad, dispuso que debíamos volver a casa. Antes de separarnos me prometió que al día siguiente traería el mismo libro.

Me alegré por mí y por la estatua. Estaba segura de que no le gustaba dejar un cuento sin terminar. Sin embargo, aquella vez no fue posible darle el gusto.

Al otro día mi prima llegó sin libros.

—Dice mi mamá que no puedo sacar a la calle el libro del elefante.

—¿Por qué?

—Porque está prohibido leerlo.

—¿Lo prohibió tu mamá?

—No. Los militares.

—¿Qué tienen que ver los militares con los libros de cuentos?

—No sé muy bien... Parece que el cuento habla de una huelga general, y eso ahora no se puede hacer.

—¿Todos los cuentos están prohibidos?

—Todos no.

—¿Por qué no trajiste otro?

—Mi mamá dijo que mejor no andar con libros. Por las dudas. □ Miré de lejos a la estatua de la fuente y alcé los hombros. □

Fueron años en los que la ciudad se tragó a sí misma, se metió los puños en la boca para no cantar. Los días eran como un pizarrón mal borrado, donde se adivinaban palabras sueltas: la *n* de *no*, un signo menos. En esos años sucedieron cosas extrañas.

Sucedió una ausencia. La de mi papá. Aquella noche me dormí mirando el lomo del libro que había quedado sobre la mesita de luz. Yo era un niño y no tuve pesadillas ni intuiciones. Mi papá se había ido muchas veces, y siempre había regresado.

Me despertaron voces conocidas. Me alegré aunque pensé que era extraño que mis abuelos estuvieran en casa a la mañana temprano. Me levanté y fui a la cocina descalzo y en pijama.

Sin dudas, mi mamá se había propuesto hacer algo muy distinto a lo que en verdad hizo. Supe enseguida que ella había tenido la intención de mostrarse tranquila, y decirme que papá ya iba a volver, que era cuestión de hacer algunos llamados, y que no... Pero no pudo. ¿Cómo iba a poder?

¿Por qué, además del dolor, debía hacer el supremo esfuerzo del disimulo? Hoy le agradezco aquel abrazo, y el sollozo profundo que fue desde su corazón al mío.

Mi abuela nos separó con suavidad.

—Vení que te voy a servir el desayuno. Después se van con nosotros —dijo.

Miré a mamá, que asintió en silencio.

A la hora de hacer el bolso, metí el libro que la noche anterior mi papá me había leído. Y pensé que un elefante ocupaba mucho espacio, pero también era capaz de caber en un bolso. ♦

También sucedió un dibujo. El dibujo del fuego en mi patio. El libro que mi madre había quemado en un fuentón de aluminio demoraba en rendirse. Como si los animales del cuento opusieran resistencia y dieran batalla.

¡Rebuznen! ¡Mañilen! ¡Ladren! ¡Rujan!

Desdichadamente, era seguro que las llamas iban a salir victoriosas.

Tal vez para no ver la muerte del cuento alcé la cabeza, y fui tras el camino del humo. Entonces lo vi. Juro que no era como si..., parecido a..., con la forma de... Juro que el humo era como un elefante, parecido a un elefante, con forma de elefante.

Sobre mi cabeza había un elefante enorme y orejudo. Un elefante verdadero. El hecho de que fuera de humo no cambiaba lo esencial.

Mi madre me llamó desde la cocina. El elefante giró la cabeza para mirarme, movió las orejas y se alejó. Ni tan alto ni tan bajo, hacia el horizonte. ♦

Y sucedió una huida. Por consejo materno mi prima no llevaba libros esa tarde. Pero sí dos sogas para saltar. Y con ellas nos fuimos al parque.

Cuando las cosas deben estar ahí, demoramos en notar su ausencia. Como si se tratara del semáforo de la esquina, del edificio de enfrente, del ropero... Cosas que siempre estuvieron allí, allí deben seguir estando!

Una estatua, por ejemplo. No fue sino hasta varios minutos después, cuando ya me había tropezado varias veces con la cuerda de saltar, que advertí su ausencia. Me detuve en mitad de un salto.

—No está —dije.

Mi prima saltaba para atrás.

—¿Quién?

—La estatua. Ella también detuvo el juego y miró hacia la fuente. Las dos cuerdas cayeron al piso, sin ruido. Y nosotros corrimos a ver qué había pasado.

Nada, en apariencia. El pedestal donde se alzaba la joven de cintura pequeña y manos largas para que se posaran los pájaros del parque no estaba roto ni desgajado.

Detenidos junto a la fuente, un matrimonio de ancianos comentaba el hecho. —Vándalos —dijo el hombre, con poca convicción.

Por lo bajo, mi prima me dio una definición de aquella palabra: que rompen todo.

—¿Vos creés? —la mujer no estaba conforme—. No hay ningún destrozo. Y una estatua no desaparece así como así.

El anciano no tenía mejor respuesta.

—Vaya uno a saber —dijo—. ¡En estos tiempos! Marido y mujer se alejaron con lentitud. Seguro que durante mucho tiempo no iban a volver a pasar por el parque, por la fuente, por el misterio.

El pedestal quedó vacío. Y el caso de la estatua se perdió entre asuntos mucho más sombríos.

Eso sí... Los pájaros se mudaron de barrio.

Dicen que el tiempo cambia las cosas. Pero yo, que nunca pude olvidar a aquella joven estatua de mármol, creo que eso no es cierto del todo.

Con los años aprendí que al tiempo hay que darle cuerda porque, si no, se detiene como un juguete cansado. □

El 10 de diciembre del año 1983 miles de personas salieron a cantar.

Yo fui. Y llevé a mi papá en el alma. ✦

Yo no fui. Pero estoy segura de que el elefante de humo estuvo entre la multitud. ✦

En cuanto a mí... No me dejaron ir porque apenas tenía catorce años. Y como mi prima ya no pasaba las tardes conmigo sino con su novio, decidí caminar sola hasta el parque.

Entonces vi lo que vi. Ella estaba sentada en un banco, con un libro en las manos. Los reconocí de inmediato: el libro era el del elefante Víctor y ella era la chica de cintura pequeña y cabello largo, retorcido a un costado. Sus manos, que antes habían sostenido pájaros, ahora sostenían a un elefante de color violeta.

Me acerqué y me senté a su lado. Al parecer, terminaba de leer un cuento, porque cerró el libro y me sonrió.

No me dijo "hola", ni "buenas tardes", ni "qué hermoso día". En cambio pronunció lo que yo empezaba a entender.

—¿Viste? La libertad también ocupa mucho espacio. □

El 11 de diciembre del año 1983, el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas, se conmemora el día en que se firmó el Tratado de Paz y Cooperación entre Argentina y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, poniendo fin a la guerra de las Malvinas.

El 11 de diciembre del año 1983, el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas, se conmemora el día en que se firmó el Tratado de Paz y Cooperación entre Argentina y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, poniendo fin a la guerra de las Malvinas.

El 11 de diciembre del año 1983, el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas, se conmemora el día en que se firmó el Tratado de Paz y Cooperación entre Argentina y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, poniendo fin a la guerra de las Malvinas.

El 11 de diciembre del año 1983, el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas, se conmemora el día en que se firmó el Tratado de Paz y Cooperación entre Argentina y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, poniendo fin a la guerra de las Malvinas.



II. 2 de abril Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas

El 2 de abril del año 1982, el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas, se conmemora el día en que se firmó el Tratado de Paz y Cooperación entre Argentina y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, poniendo fin a la guerra de las Malvinas.

ENTREVISTA

Sorprendidos con la población: "Nos dijeron que nos iban a apedrear" (fragmento)

—Nos dijeron que no íbamos a tener contacto con los habitantes de Madryn porque nos iban a apedrear.

—¿Quién dijo eso? —interrogamos sorprendidos.

—En el buque nos informaron nuestros jefes que el pueblo estaba enojado por la rendición en las Malvinas; que habían sacado a Galtieri y que temían que la población de esta ciudad nos fuera a apedrear, por eso no íbamos a tener contacto con la gente.

—¿Qué sintieron?

—Estábamos preocupados en serio y muy tristes, pero cuando vimos cómo nos aplaudían y nos vivaban al pasar nos sentimos renacer y muy sorprendidos. No lo esperábamos. No esperábamos este recibimiento tan cariñoso, por eso sentimos la necesidad de darles algo y arrojábamos lo que podíamos de nuestros uniformes.

Semanario *Impacto*, Puerto Madryn, Chubut, 26 de junio al 2 de julio de 1982.

El día que en Madryn se acabó el pan

FEDERICO LORENZ

HAY COSAS que uno termina de entender recién cuando crece. A veces, simplemente porque madurás; otras, porque tenés hijos y comprendés cómo piensa un chico. O porque en el momento en el que ocurrieron no estabas preparado para lo que alguien te dijo. Hay cosas que no se entienden hasta que pasa el tiempo. Hasta que un día, como en un rompecabezas enorme que es tu propia vida, la pieza que no encajaba calza perfecto. Entonces, lo que pensabas que era de una manera resulta ser de otra. O por fin podés poner en su sitio una imagen, o recibir una respuesta que esperabas y que en su momento nadie te dio.

Yo, por ejemplo, tardé muchos años en entender por qué, durante la guerra de Malvinas, mi mamá lloraba pegada a la radio cada vez que salía un comunicado del gobierno militar e informaba sobre cómo iba la guerra. Y ella tampoco me lo podía explicar, solamente le corrían las lágrimas mientras alisaba en silencio el mantel de hule de la cocina de casa. Es más, ahora escribo "gobierno militar", pero entonces, para mí, como para muchas personas, era solo "el gobierno". Yo era chico y no sabía que para elegir presidente se vota. Para mí ser general y ser presidente era más o menos lo mismo.

Tardé mucho tiempo, también, en entender por qué un soldado no me quiso contar lo que había hecho en la guerra. ¡Lo tuve ahí, sentado conmigo toda una tarde en la cocina de casa, recién llegado de las Malvinas, y no me contó nada de lo que yo quería saber!

Pero claro, eso es lo que pasa: que a veces lo que querés que te cuenten no es lo que las personas quieren contarte. O porque no pueden, o porque prefieren cuidarte.

Ahora soy grande y puedo recordar muchas cosas de manera distinta. En realidad, recién ahora las entiendo. Pero en 1982 yo tenía once años, vivía en

Puerto Madryn, la ciudad de las ballenas, y cuando el 2 de abril anunciaron por radio que los soldados argentinos habían recuperado las Islas Malvinas, me puse muy contento. En la escuela nos pusimos escarapelas y cantamos la marcha en el patio. Y cuando supimos que los ingleses habían mandado una flota para echar a los argentinos, no me dio ni un poquito de miedo, no. Hasta diría que me entusiasmé, porque a mí me gustaba jugar a los soldaditos. Tenía muchos, de plástico, en una lata de dulce de batata. Y cuando comenzó la guerra, empecé a jugar a argentinos contra ingleses. Antes, en 1978, el año del Mundial, había jugado a argentinos contra chilenos. Y siempre, siempre, ganábamos. Yo ponía las filas de tiradores bien parejitas y les tiraba con bolitas, hasta que no quedaba ni uno solo de los enemigos.

Nosotros, en la Patagonia, estábamos más cerca de nuestros soldados. Corríamos nuestros riesgos también. En la escuela nos enseñaron a meternos debajo de los bancos en caso de un bombardeo. Como si la madera de los pupitres pudiera hacer algo contra las bombas. Pero me doy cuenta de que era una forma de estar organizados, de participar de la guerra nosotros también. Había que hacerle caso a la gente de Defensa Civil. Teníamos sitios asignados a los que había que

ir si la ciudad era atacada. Y también nos enseñaron a colaborar en los oscurecimientos: tapar con una frazada las ventanas de la casa... Para mí todo era como una aventura. En la escuela, también armamos encomiendas y escribimos cartas para los soldados. A ninguno en particular. Eran las cartas "a un soldado argentino", que escribíamos para darles aliento. Pero como mucha gente de Madryn tenía familia en Malvinas, por ser de la Marina, o del Regimiento 25, en Sarmiento, a unas horas de Madryn, también les escribíamos directamente a ellos. Llegaban muy pocas respuestas, pero a nadie le llamaba mucho la atención. Las noticias eran escasas. Más que nada la radio y "60 minutos", el noticiero de Argentina Televisora Color. Me acuerdo del locutor que decía muy serio: "Nosotros le damos la información, usted la recibe, la analiza, y saca sus propias conclusiones". También leíamos los diarios y las revistas de Buenos Aires, que convencí a mi mamá de comprar porque estaban llenas de fotos y de dibujos de aviones y barcos. Toda la ciudad era un gigantesco rumor. Mi papá llegaba de la calle y comentaba lo que decía la gente. Madryn era una ciudad chica, no como ahora.

Mis papás tenían una tintorería y mi mamá también cosía. Trabajaban para la gente de YPF y para Aluar, la empresa de aluminio que tenía el muelle más grande del mundo. "Es un puerto de aguas profundas", me explicó entonces mi papá, en el que podían atracar barcos grandes. Así que hablaban con muchas personas. Comentaban de los barcos que habíamos hundido, de los aviones que nos habían derribado, de lo difícil que se hacía llegar a Comodoro, que era la principal base para pasar a Malvinas. Al final, a principios de junio, todos esperaban que viniera el papa Juan Pablo II y arreglara las cosas.

La guerra terminó un lunes. Pasó toda esa semana y nadie sabía nada. Recuerdo que, mientras guardaba mis soldaditos en la lata, pensé que no sabía adónde van los soldados cuando la guerra termina. En la escuela era como si no hubiera sucedido nada, pero algo floraba en el aire que te obligaba a estar triste. Ya casi no se hablaba de las noticias. No se sabía qué iba a pasar con los chicos argentinos en las islas. La señorita estaba seria y callada, como si hubiera olvidado todo lo entusiasmado que había estado antes. La gran novedad de la semana fue que nevó, lo que en Madryn no pasa casi nunca. Como si el cielo se hubiera puesto triste también.

Los ingleses reunieron a casi todos los prisioneros argentinos en un gran campamento en el aeropuerto de Malvinas. Pero eran muchos miles de hombres con poca comida, frío y en malas condiciones de higiene. Así que decidieron devolverlos. Los chicos volvieron a casa en barcos ingleses. Llegaron un sábado a media tarde. La noche anterior, algunas personas decían que a lo mejor los mandaban directamente a Bahía Blanca, que era la principal base naval argentina. Pero otras contestaban que no, que seguro los iban a traer en un barco grande, y entonces iban a venir a Madryn, al muelle de Aluar.

A la mañana siguiente, cuando la gente salió temprano para hacer las compras y vio que la ciudad estaba llena de militares, ya nadie tuvo dudas. ¡Los iban a traer a Madryn! Había un cordón del Ejército, la Marina y la Prefectura a lo largo de la costanera, mientras una columna de camiones verdes y micros subían al Norte, para el lado de Aluar. Había que prepararse para recibir a los soldados.

Yo no sé si alguien dio la idea, pero muchas familias se pusieron algo celeste y blanco. Papá agarró la bandera del Mundial, mamá casi me estranguló con una bufanda celeste y armó una canasta con comida y

termos de café y mate. Para el mediodía, las familias, como en un picnic gigantesco, se habían ido a la orilla del Golfo Nuevo, como cuando llegaban las primeras ballenas. Hasta reposeras se llevaron. Y mate, y facturas, y algún sándwich. Al mediodía, sobre el horizonte, apareció un barco inmenso. Era un transatlántico inglés, el *Canberra*, la gigantesca ballena blanca en la que llegaron los soldados argentinos desde las islas. Era la primera vez en mi vida que veía un barco de lujo, y justo era ese. Vimos cómo se acercaba a la costa, escoltado por un destructor de los nuestros que, junto a la mole blanca, parecía uno de esos delfines que juegan con los navegantes.

Los rumores iban y venían a un millón de kilómetros por hora. En Madryn vive mucha gente que sabe de cosas de mar:

—Tiene que subir el práctico para atracar.

—¿El "práctico"?

—Hijo, ya te conté, es un marinero que ayuda al capitán a entrar a puerto. Conoce las profundidades, las corrientes...

—Ah.

—Van a bajar primero a los heridos.

—Fíjense, el barco inglés tiene la bandera argentina.

—Es lo que hay que hacer, es de procedimiento —explicó un jubilado de Prefectura. Para las tres de la tarde, según supimos, ya habían desembarcado los soldados en el muelle. Pero no dejaban acercarse a nadie, ni a los periodistas. Parecía que querían llevarlos directamente al Norte: a sus provincias, a sus regimientos, a sus casas. Nadie, a orillas de la ruta, frente al mar, se había movido de su sitio. Los guardias, a ambos lados del camino, parecían cansados y, algunos, tan ansiosos como nosotros. La mayoría eran soldados que solo por una cuestión de tiempo o de suerte no estaban volviendo ahora en ese barco. Soldados que también habían sido movilizados al Sur, pero a quienes el final de la guerra, tan de repente, no les había permitido hacer el cruce a las islas. Ellos, ahora, estaban entre los soldados que volvían y nosotros, que queríamos recibirlos. Me pregunto hoy qué pasaría por la cabeza de los que se habían salvado de ir.

Y de repente, apareció la cabeza de la columna de camiones que traían a los soldados desde el muelle. Los vehículos avanzaron por la ruta y luego enfilaron por la costanera hacia el centro de la ciudad. El cordón compacto de militares se mantenía a lo largo de la avenida. Uniformes verdes, azules,

blancos, una barrera de caras asustadas de soldados limpios para que los camiones cargados de soldados de Malvinas se dirigieran sin ser molestados hasta los galpones que habían preparado para recibirlos. Enseguida se supo. Los llevaban a las barracas Lahusen, donde ahora está el bingó. Los camiones verdes traían las lonas bajas.

—Les van a dar de comer, van a pasar lista, y los van a mandar a Trelew y de ahí de vuelta a sus casas, —preguntó alguien de repente, a nuestro lado.

—¿Por qué los traen así, como delincuentes?

—No quieren que veamos cómo están —dijo mi mamá, y se puso a llorar.

—¡Los esconden, habrase visto!

Sí, los escondían. Pero algo, y eso es lo que tardé tiempo en entender, había cambiado. O empezaba a cambiar, que es lo mismo, porque ya de grande comprendí que las cosas no cambian de golpe. Es que cuando asomó el primero de los camiones militares, un vecino empezó a aplaudir, y el aplauso se extendió como una ola que acompañaba a los chicos que volvían. La gente, de a poco, fue avanzando sobre los cordones de soldados plantados sobre la calle. Después, a los aplausos que no cesaban, siguieron los gritos.

—¡Bienvenidos! ¡Vivan los chicos! ¡Bienvenidos!
—¡Dios los bendiga!
—¡Argentina! ¡Argentina!
—¡Chicos! ¡Chicos! ¿Están bien?

A medida que la punta de la columna se acercaba a los galpones, aminoraba la marcha. Y entonces, de pronto, alguien pasó entre el cordón de seguridad, o lo dejaron pasar. Se paró al lado de los camiones, o empezó a saltar al paso cada vez más lento de la columna. Mabel, la fotógrafa del diario, se animó a pararse en medio de la calle y a sacar unas fotos. Otros la siguieron. Un grupo de vecinos se plantó frente a uno de los camiones. Y al final, tuvieron que parar.

—¡Chicos! ¿Cómo están? ¿Están heridos?
¿Necesitan algo?
Y entonces apareció una mano que levantó la lona, y de la oscuridad de la caja del camión asomaron caras pálidas y sonrientes. Aparecieron y junto con ellas llegó un vaho, un olor a un mundo desconocido y sucio del que ellos regresaban.

Sonreían: se habían salvado. En ese momento yo ni podía imaginar lo que habían pasado.

—¡Hola! ¡Gracias, gracias!
—Sí, sí, estamos bien.

Eran caras muy jóvenes, cansadas. La gente al lado de los camiones ya era mucha. Corrían, y les alcanzaban un termo, una factura o un pan. Los corrían con jarros de mate cocido que les llegaban casi vacíos porque, a los saltos, el contenido se les había derramado en el camino.

—¡Gracias, señora!
Los soldados, en los camiones, con medio cuerpo afuera, tenían sus uniformes sucios y grasientos. Parecían topos salidos de algún pozo. Se escuchaban tonadas de todas las provincias.

Yo vi cómo muchos lloraban: los que los veían pasar y también ellos, los que regresaban.

—¡Perdón, señora, perdón!

—¿Pero de qué hay que perdonarte, hermoso?

El vecino que tenía, les daba algo. Y el que no tenía, se iba corriendo a su casa a buscar comida. Hasta cajas de pizza les llevaron. Y los chicos, que no tenían nada para ofrecer a cambio, empezaron a tirar desde los camiones partes de su uniforme, y la gente se zambullía en la calle para agarrar una campera, un gorro, un guante roñoso, capotes que volaban como pájaros verdes.

Tiraban, en agradecimiento, recuerdos de la guerra.

Pan por unas medias verdes sucias.

Una medialuna por una bufanda rotosa.

Una estampita, que revoloteó hasta que alguien la atrapó como a una mariposa.

Un casco, que quedó girando como una tortuga dada vuelta en medio de la calle, hasta que Carmine, nuestro vecino, lo levantó y se lo guardó en la bolsa de las compras con un gesto de triunfo. Me había ganado por un segundo.

Yo estaba superemocionado. ¡Había visto a los soldados! Por eso no escuché entonces las frases sueltas que también volaban con el viento:

— ... frío terrible, sí...

— ... poca comida...

— ... solo, siempre solo...

— ... las bombas reventaban muy cerca...

— ... a la noche, el miedo...

— ... mis compañeros, allá...

— ... atacaron de noche...

Las palabras gritadas sobre el ruido de los motores eran como los jirones de uniforme que los chicos arrojaban a la gente desde los camiones. La columna era una gran serpiente que cambiaba la piel.

Hoy me doy cuenta de que todavía no terminaban de volver y ya empezaban a armar una historia

de la guerra. Nos contaban lo que habían vivido, lo que habían sufrido y enfrentado, y comenzaban a dibujar la cara de los compañeros que se les habían muerto allá.

Los camiones pararon en un playón, frente a la barraca Lahusen. Los vecinos se amontonaron delante de los galpones y de la escuela donde estaban concentrados los soldados.

—¿Y qué les van a dar de comer acá?

—Las raciones de combate —contestó un oficial.

—Pero ¿vienen de la guerra y les van a dar nada más que eso?

—Ah, no. Les traemos —dijeron varios de los vecinos.

Y todo Madryn, que entonces no era tan grande, fue y vino, fue con cosas para los chicos y vino con mensajes de los soldados para sus pueblos, para sus casas en todos los rincones de la Argentina.

Anotaban teléfonos para avisar a las familias que los soldados —hijos, hermanos, nietos— estaban bien. Porque no es como ahora, que todos tienen celular. Antes ni siquiera había teléfonos en todas las casas. Así que había que llamar a un vecino, o a la farmacia, o a la escuela de un pueblo muy chiquito con una lista de nombres. Esa tarde los vecinos

trabajaron como hormigas. Llevaron y trajeron, llevaron y trajeron. Hasta que alguien, de golpe, avisó:

—¡Ya no queda más pan!

—¡Las panaderías no tienen más pan!

Fue entonces que los vecinos se empezaron a llevar a los soldados a sus casas. ¡Había que darles de comer! Era la media tarde.

—Llamás a tu casa, te bañás, comés algo, cómo te vas a ir así.

Supongo que eso estaba prohibido, pero la verdad es que muchos de los oficiales dejaron hacer. Pero no todos tuvieron esa suerte. Se escuchaban gritos desde adentro:

—¡Por favor, avisen a casa! —y a continuación un número de teléfono larguísimo que alguien anotaba donde podía.

—¡Miren que a la noche nos vamos! —gruñó un oficial como si fuera en el patio de la escuela—. ¡El que no esté, se queda!

El soldado que vino a mi casa se llamaba Luis. Fue entonces cuando me pasó eso que decía al principio, que medio me enojé, o me sentí defraudado. Mi papá lo arrastró con suavidad, apoyándole la

mano en el hombro, mientras que mamá y yo caminábamos unos pasos atrás y ella me retaba en voz baja:

—No lo vas a molestar, ¿eh? Mirá que tiene que estar tranquilo.

—¡Pero, mamá, yo quiero que me cuente!

—¡Shhh! No se discute.

Cuando llegamos a casa, Luis se sentó con timidez en una punta de la mesa. Parecía agazapado, como a punto de salir corriendo. Pero al mismo tiempo se lo notaba exhausto, sin fuerzas. Había apoyado una mano sobre el mantel con los dedos extendidos. El otro brazo sostenía el peso del cuerpo en la rodilla. La cabeza estaba hundida entre los hombros y tenía la vista clavada en el piso. Noté su pelo revuelto y la barba un poco crecida. El uniforme estaba manchado de carbón y grasa. La verdad es que costaba estar cerca de él: echaba un olor dulzón —mi papá me explicó en voz baja que seguro era de la turba, que es como un carbón que hay en Malvinas— mezclado con mugre.

Por suerte, el aroma de la fritura lo tapó un poco. Mamá se puso a cocinar unas milanesas que parecían de dinosaurio.

—Ya estás acá, flaco, tranquilo —le dijo mi papá.

—Sí, señor, sí. Muchas gracias, señor.
—Comés bien, te bañás si querés. ¡Tenés un olor a linyera! Mirá que justo venirse así a una tintorería... —trató de sonar gracioso mi papá.

El chico reparó en las planchas que se veían al fondo de la casa, y sonrió por única vez.

—¡Linyeras! Sí, eso éramos.

—Te presto ropa, te va a ir un poco grande...

—No, no puedo dejar el uniforme, señor. Gracias.

—Bueno, como quieras.

En medio de ese diálogo Luis había levantado la cabeza, y pudo verle los ojos. Me dieron miedo, parecían secos. Parecía no mirar a ninguna parte. No se detenían en ninguno de nosotros, como si no estuviéramos ahí, con él. Pero por un instante me miró desde muy lejos, como si me tuviera pena. Me sentí incómodo. Porque no me pareció, entonces, la cara de un soldado. Pero creo que es porque yo tenía once años y para mí él era enorme. Hoy pienso que él también era un chico, con cuerpo de chico, algo más bajo que mi papá, pero tenía una mirada de grande, porque había ido a la guerra.

Se hizo un silencio molesto hasta que mi mamá sirvió la comida.

—Comé todo lo que quieras, hago más.
—Está bien, señora, gracias.

Durante unos minutos volvió el silencio. Se escuchaban conversaciones que venían de la calle. Pero en casa, lo único que sonaba era el ir y venir rítmico del cuchillo, interrumpido cada vez que Luis se llevaba el tenedor cargado a la boca. Comió mucho, mientras nosotros lo mirábamos sin probar bocado. Yo me moría de impaciencia. Quería saber de los aviones, de los barcos, de los cañones, quería saber qué había hecho.

—¿Vas a la escuela, vos? —me preguntó de pronto con la boca llena.

—Sí —contesté sacando pecho—, a sexto.

—Tengo una hermana que está en quinto —dijo con sencillez.

Era mi oportunidad. Sin mirar a mi mamá, que me iba a hacer algún gesto para que me callara, le disparé un montón de preguntas:

—Yo les escribí cartas. ¿Recibieron cartas? ¿Cómo son los aviones? ¿Viste a los ingleses? ¿Tenías un cañón?

Luis pareció no escucharme:

—Yo nunca había visto el mar. Lo vi desde el avión, cuando nos llevaron a la isla... Bueno, tampoco

nunca había viajado en avión. Y después lo veía desde el cerro, todos los días. Pero en el viaje de vuelta, en el barco inglés...

—En el *Canberra* —interrumpí.

—Sí, ahí —continuó—. Dormí en una cuchaeta, con tres amigos. Y nos dieron un desayuno de esos que comen ellos, con jamón y huevos revueltos. Y después, en mitad del viaje, nos dejaron salir a la cubierta del barco a tomar aire, porque había mucho olor a encierro en la panza del barco.

Hizo una pausa y, con el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, abrió los brazos para darnos la idea de una gran llanura. Su plato estaba vacío.

—Es hermoso el mar. Estaba planchadito cuando nos dejaron salir; antes se había sacudido bastante, dicen, pero yo ni cuenta que me di porque dormí como un tronco. Y nunca vi tanta agua junta, y me sentí en paz.

—¿Y qué más? ¿Qué hiciste en la guerra?

Me miró con esos ojos que me habían asustado, y que se pusieron tristes, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tira de cartón rojo:

—Cuando subimos al barco, nos dieron esto. Te lo regalo.

Mientras me la entregaba miró fijo a mis papás.

—¡Les agradezco tanto! —dijo—. Mi mamá lloraba como cuando escuchaba la radio. Mi papá estaba serio y tenía los ojos brillantes. Miré lo que me había dado. El cartón decía:

P&O Cruises

One label to be attached
to each item of luggage

A

DECK

Cabin Number

357

Large Numbers Please

Me quedé con la tira roja en la mano sin saber qué hacer. Yo era chico y me gustaba jugar a los soldados. Y ahora que tenía uno en casa, lo único que me había contado era sobre el desayuno que le habían dado en el barco de vuelta y cuánto le gustaba el mar. Después, alguien me explicó que esa tira era un ticket de equipaje que en el transatlántico les ponían a las valijas, y que le dieron a cada prisionero argentino para ubicarlo en alguna de las

cubiertas, en camarotes. Cada soldado tenía un camarote asignado con un número escrito a mano en grandes caracteres. A Luis le tocó el "351". Al final del ticket había un espacio para llenar con este mismo número. Otros dicen que los ingleses se los dieron para burlarse de ellos, porque eran como paquetes que traían de vuelta.

Pero para ese entonces Luis ya se había ido. Por que después de que me dio esa cartulina yo lo miré algo enojado, y ni las gracias le di. Me sentía frustrado. ¿Un cartoncito? ¿Para qué me servía? Yo quería saber de la guerra. De los aviones, de los tanques, de lo que había hecho.

Ya aradecía. Papá miró por la ventana y dijo:

—Me parece que deberías ir yendo...

—Sí, señor, sí. Eso es.

Se paró delante de mi mamá:

—Gracias, señora. Gracias de verdad. No sabe lo que vale para mí lo que me dieron hoy.

Mi mamá le pegó un abrazo como para partirlo al medio.

Luis me miró y dijo: —Guardá bien ese recuerdo, ¿eh? Mirá que es de la guerra.

—No es de la guerra... —le dije.

Me miró largamente:

—Vas a ver que sí.

Y me dio la mano. Me sorprendió su apretón firme, él que parecía tan chiquito. Pero sobre todo, su aspereza. Tardó en soltarme. Pude ver el negro de tierra y hollín en las estrías de las manos, debajo de las uñas. Me pareció que iba a pasar mucho tiempo antes de que se le fuera.

—Ya vuelvo —dijo papá.

—Pero vamos con vos...

—Ya vuelvo —insistió con firmeza. Volvió a ponerle la mano sobre el hombro como cuando lo trajimos a casa, y se lo llevó.

Después, de regreso, nos contó que los soldados habían subido a los camiones, rumbo a Trelaw. Yo me acosté con el cartoncito del *Canberra* arriba de mi mesita de luz. Estoy seguro de que me dormí enojado, pensando en la guerra que no me habían contado y en esa fila de camiones con las lonas bajas, marchando hasta perderse en el horizonte, hacia el aeropuerto, hacia este presente en que escribo porque recién ahora sé por qué esas manos estaban negras y sucias y por qué el chico que comió en casa tenía esa mirada que en aquel momento no entendí.



III. 19 de abril Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural

El 19 de abril de 1996 se celebró en Madrid el primer día de convivencia en la diversidad cultural. Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad. Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad. Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad. Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad.

Este día se celebra en España y en muchos otros países del mundo. Su objetivo es promover el respeto y la tolerancia entre las diferentes culturas y etnias que forman parte de nuestra sociedad.

Abril de 1943: Judíos en Varsovia



Si bien no se sabe con seguridad quién tomó esta fotografía, diversos investigadores creen que fue el oficial nazi Franz Konrad, apodado "el Rey del Gueto". Como muchas de sus fotos, quedó registrada en los informes que los nazis desarrollaron en el transcurso de la guerra.

La bobbe se puso triste de nuevo

HINDE POMERANIEC

LA BOBE Jana se puso triste de nuevo. Le pasa siempre, todos los años, en abril. Primero llega el cumpleaños de Nico y nos reunimos en familia para celebrar. Nos reímos, contamos chistes, mi tía Mariela toca el piano y cantamos y, lo que más me gusta a mí, comemos durante toda la tarde *brownies* y otras cosas deliciosas que traen los que vienen a casa para el festejo. Así, viejita como es, ella es una de las que más se divierte porque le gustan la música y los chistes; tiene una risa contagiosa, todos le decimos "ay, bobbe, qué risa contagiosa", y se le iluminan los ojos claritos; atrás de los anteojos, y se ríe a carcajadas por las morisquetas que le hacen Nico y mis primos. Pero en cuanto pasan unos días del cumple de mi hermano, no hay nada que hacer: se pone triste, no

quiere hablar con nadie y ni siquiera sale de la cama, como hoy, aunque vayan todos a buscarla.

Mi mamá se asoma a la puerta y le dice:

—Vamos, bobbe, vayamos a pasear un rato hasta la plaza.

Mi abuela Pupi también se asoma y le insiste:

—Te va a hacer mal estar ahí acostada tantos días, mamá. Levantate, por favor. Es una tarde hermosa, salgamos a dar una vuelta.

“Abril es un mes horrible”, dice la bobbe desde la cama. En realidad, no dice “horrible”, dice algo así como “hoggible”, porque no pronuncia bien la erre. Y cuando dice eso ya sabemos que enseguida se va a dar vuelta hacia la pared. Ahí ya no hay nada que hacer; cuando se pone mirando a la pared es señal de que no va a salir y es también su manera de pedirnos que la dejemos sola.

Me gusta la bobbe; me gusta cómo es casi todo el tiempo: alegre, divertida, cariñosa. Me encanta cuando abre los brazos y me llama para que la abrace fuerte, pero mucho más me hace reír cuando insiste para que nos saquemos una *selfie*. ¡Hay que ver cómo posa! Se acomoda con esmero la ropa y el pelo y pide siempre que la espere unos segundos antes de disparar el celular. Es que es muy coqueta.

Siempre dice que, cada vez que me ve, le parece ver una foto de ella misma cuando tenía mi edad. Dice también que mi cabello le recuerda al suyo y que mi piel, que es tan transparente que en algunas partes hasta se me ven las venas, es idéntica a la que tenía antes de arrugarse. Una vez, por pura curiosidad, le pedí que me mostrara fotos de cuando era chica, para ver si era cierto eso de que somos tan parecidas, pero me dijo que no tiene ninguna. No, no dijo eso. Dijo: “No me quedó ninguna”.

La bobbe Jana es la mamá de mi abuela, o sea, es la abuela de mi mamá: mi bisabuela. Pero todos la llamamos “bobbe”, que quiere decir “abuela” en idish, un idioma que ahora habla solo ella pero que en otra época, cuando era chiquita, también hablaban su papá, su mamá, su hermano, sus primos, sus amigos...

Mi mamá me contó que la bobbe sufrió tanto como ningún chico, en ningún lugar del mundo, debería sufrir. Que cuando tenía la edad que yo tengo ahora no pudo disfrutar ni los juegos ni la diversión de estar con amigos. Me dijo también que se vio obligada a hacer trabajos muy duros, en lugares que no podemos ni siquiera imaginar, y que es una sobreviviente, que se salvó de morir en la guerra. La bobbe Jana nació en Polonia, en Europa, y llegó a la

Argentina cuando tenía dieciocho años. Vino sola, en un viaje larguísimo. Bueno, sola no: vino con Vera, una chica lituana que conoció en el barco y que estaba en la vida tan sola como ella.

Después de la guerra, la bobé decidió viajar a la Argentina porque le habían dicho que acá había trabajo y no perseguían a la gente por su religión. Ya no tenía familia, habían muerto todos excepto algunos primos. En el puerto de Buenos Aires no la esperaba nadie. Tuvo que arreglarse sola una vez más, su experiencia en la costura la ayudó a conseguir trabajo pronto. Dos años después, Vera le presentó a Jeremías, que era argentino, hijo de rusos. Tenía dos años más que ella. Parece que era muy guapo y, como venía del campo, le gustaba disfrutar de la naturaleza. Había nacido en Entre Ríos y era judío, igual que ella. Se enamoraron casi a primera vista y se casaron enseguida. Al año nació mi abuela. En mi familia siempre recuerdan el momento en que la bobbe se despidió de su esposo, cuando él murió. Dicen que fue muy triste, pero muy hermoso a la vez. Cuentan que era una mañana de invierno y hacía mucho frío en el cementerio, pero que el cielo estaba limpiísimo, sin una nube. Ni mi mamá ni mi abuela se olvidaron de lo que la bobbe dijo esa

mañana, llorando bajito, mientras arrojaba la última flor: "Ay, Jere, te vas con este sol, como querías...". Pese al dolor, ella estaba serena: era la primera vez que uno de sus amores moría sin convertirse en un fantasma. Era la primera vez en su vida que la bobbe podía enterrar a un ser querido.

Como hay cosas que mi mamá no sabe y tampoco me animo a preguntarle a la bobbe, se las pregunté a mi abuela. A ella no le gusta mucho hablar de la "historia vieja", como la llama, pero alguna vez me contó que ella y sus hermanos tuvieron una infancia feliz. Que su papá y su mamá se llevaban muy bien, que discutían a veces, como todo el mundo, pero que se reían mucho juntos. Ella recuerda que la bobbe Jana siempre le decía a todo el mundo: "Jere me devolvió la sonrisa", pero que hablaba poco de su infancia, casi nada, y que su papá siempre le decía casi en susurros: "No le pregunten, se pone mal". Fue mi abuela la que me dijo que la bobbe había nacido en Varsovia. Que vivía ahí con su familia cuando empezó la guerra, que fueron perseguidos por los nazis porque eran judíos, y que después de maltratarlos y quitarles sus casas y sus objetos, fueron obligados a vivir en un barrio en donde los juntaron con el resto de los judíos de la ciudad y de otros pueblos

que iban llegando, hasta convertir ese lugar en una prisión donde todos pasaban hambre y nadie atendía a los enfermos.

De un día para el otro, me contó mi abuela, a los adultos no los dejaron trabajar más afuera del gueto (así se llamaba ese barrio cercado por un muro muy alto). A los chicos les prohibieron seguir yendo a la escuela a la que iban y jugar en los parques con los amigos de siempre o visitarlos en sus casas. Y a todos, grandes y chicos, los obligaron a llevar una estrella de David amarilla cosida en la ropa, así les resultaba más fácil identificarlos. A los más viejos, a los enfermos y a los más chicos, los fueron llevando a un campo de exterminio, Treblinka. En el gueto solo quedaron los más fuertes y resistentes, porque los nazis los hacían trabajar para ellos.

Primero no entendí bien de qué me hablaba mi abuela. Me quedé pensando un rato hasta que fui y le pregunté qué les pasaba a los que llevaban a Treblinka. Entonces mi abuela suspiró, me miró un rato muy seria a los ojos y en voz muy baja me respondió: "Los mataban, Julia. En Treblinka los mataban a casi todos".

Me quedé muda, sin palabras. Todavía no puedo entender cómo mataban a la gente de esa manera. Me

cuesta creer que eso pasó y que nadie hizo nada para evitarlo. Pienso en cuánto sufrió la bobbe y se me cierra la garganta de tristeza. Ese día, cuando mi abuela me habló del campo donde a las personas las mataban solo por el hecho de ser judías, no pude seguir preguntando nada más. Pero unos días después volví a ella y también a mi mamá con más dudas. ¿Por qué la bobbe Jana se salvó de ir a Treblinka? ¿Por qué se salvó de morir como el resto de su familia? Es raro esto de reconstruir la historia de una persona, es como ir armando un rompecabezas, pieza por pieza. Pero a veces hay alguna pieza que no quieres ver porque es tan terrible que preferís saltarla, aunque es imposible: para comprender hay que saber, aunque abuela. Eso dice siempre mi papá.

La bobbe Jana tenía apenas catorce años, pero como era muy alta parecía más grande, por eso le habían permitido quedarse a trabajar en el gueto, en una fábrica de tornillos. Después de unas semanas había adelgazado mucho; a los que trabajaban ahí apenas si les daban algún mendrugo de pan cada tanto. A su mamá y a su hermanito los habían mandado enseñada a Treblinka, ellos estaban en el grupo de los débiles... Su papá, en cambio, se había quedado con ella, los alemanes lo habían puesto a

cargar piedras. Pero él no era un hombre acostumbrado a trabajos forzados: antes de la guerra había sido comerciante, vendía sombreros. Mendel, así se llamaba, se puso tan triste cuando se llevaron a su mujer y a su hijo que se debilitó y enfermó. Murió enseguida.

Y entonces sí, la bobbe se quedó sola en el gueto. Apenas tenía dos años más que yo ahora. Siguió trabajando en la fábrica un tiempo más hasta que se produjo una gran rebelión en el gueto: comenzó el 19 de abril de 1943, una noche de Pesaj, la Pascua judía, y todo terminó en mayo de ese mismo año. Los nazis consiguieron aplastar esa rebelión y dejaron el gueto en ruinas. La bobbe Jana consiguió salir, pero su vida aún estaba en riesgo: si la atrapaban iban a mandarla a un campo de exterminio. Por eso, en los meses que siguieron, vivió huyendo de los nazis o, mejor dicho, conviviendo con ellos pero sin decir que era judía. Fue Ewa, una vieja vecina polaca, quien la ayudó: había conocido bien a Mendel, su papá. Durante muchos años le había comprado sombreros para ella y para sus hijas y habían vivido en el mismo edificio antes de la guerra: a esa casa fue la bobbe en busca de refugio cuando logró escapar del gueto. Ewa le permitió quedarse a cambio de que

la ayudara con la limpieza del departamento y con la cocina. A los vecinos les dijo que era una sobrina lejana, para no despertar sospechas. Además, le enseñó a rezar, le regaló una de sus cruces de plata y se la colgó en el pecho. La bobbe tuvo que esconder su pasado hasta el final de la guerra y aun después lo mantuvo oculto un tiempo más. Parece increíble pero mi abuela y mi mamá me contaron que cuando llegó a la Argentina, cada vez que le preguntaban, la bobbe seguía diciendo que era católica.

La historia de la bobbe la fui armando con fragmentos de lo que me cuenta a veces mi mamá y de lo que le fui preguntando a mi abuela. Hay muchas cosas que aún me cuesta entender y una de ellas es por qué la bobbe se entristece tanto en abril. Así que este año decidí preguntarle a ella. Sí, directamente a ella. Me metí en su cuarto, me senté en su cama, le tomé la mano y empecé a tararear una de esas canciones que mi tía Mariela toca siempre en el piano y que a ella le encantan. Estuve así un largo rato, hasta que la bobbe dejó de mirar hacia la pared, abrió los ojos y se incorporó. Y quizá porque me pareció tanto a ella, o porque le pregunté así, sin vueltas, me contó una parte de su historia que —después me dijo— nunca le había podido contar a nadie.

Me siento un poco rara, como si hubiera visto una película o hubiera leído una novela de llorar. Una vez la maestra dijo que las cosas que pasan en la vida real son mucho más poderosas que cualquier historia inventada, y creo que tiene razón, se lo voy a decir cuando le cuente todo lo que me contó la bobo Jana hace un rato, cuando entré a su cuarto.

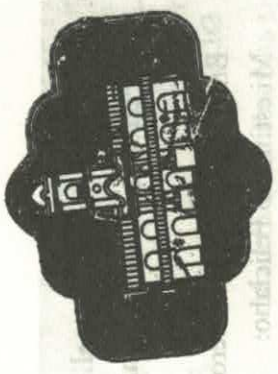
Al principio me respondió lo mismo que les dice siempre a mamá y a la abuela Pupi, que abril es un mes "hoggible", pero esta vez agregó: es el mes de los peores recuerdos. Yo la escuchaba y la miraba mientras iba acomodándose en la cama. Me daba cuenta de que tenía ganas de conversar conmigo. Sus ojos me decían que iba a contarme algo: mis manos se humedecieron y empecé a transpirar. Entonces me pidió que le alcanzara sus anteojos: fue cuando me contó cómo llegaron al gueto, y le caían lágrimas cuando me habló de sus papás, de su hermano, de lo sola que se quedó cuando su papá murió. Y de cuánto la ayudó un chico que se llamaba Mietek, Mietek Szapiro.

Mietek tenía dieciocho años y también se había quedado sin familia; era uno de los prisioneros que pelearon contra los nazis desde adentro del gueto durante esas semanas de 1943. Tenía amigos polacos

afuera que a él y a los otros rebeldes les iban pasando armas para que pudieran combatir. La bobo me dijo que ella estaba enamorada de Mietek, que él era tan lindo que parecía un actor de cine y que además cantaba muy bien y tenía una voz hermosa. Y que era tan valiente que era imposible no enamorarse. Cuando los nazis empezaron a bombardear el gueto para terminar con los rebeldes, Mietek llevó a la bobo junto con otras ocho personas a una de las casas que habían quedado en ruinas. Una vez que entraron, él levantó una pesada tapa del piso, una tapa secreta. Una escalera de madera llevaba a un sótano muy oscuro y pequeño. Mietek los hizo bajar a todos y les dijo que algunos compañeros iban a llevarles comida —todo lo que pudieran— y a ella le dijo que en cuanto terminara la batalla iba a volver a buscarla. (Eso le dijo: "Cuando termine la batalla voy a volver a buscarte, Jana. Te doy mi palabra"). La bobo fue la última en bajar al sótano y mientras lo hacía, antes de cerrar la tapa, Mietek se besó dos dedos de la mano izquierda y los apoyó en los labios de ella. "Ese beso fue una promesa", me dijo la bobo, que durante todos esos días de disparos y explosiones esperó a Mietek inútilmente. Él nunca regresó. Mucho después, ella supo que había muerto combatiendo y que se había convertido

en un héroe. El chico de quien ella estaba enamorada fue uno de los héroes de esta historia que se cuenta en tantos libros y que llaman "el levantamiento del gueto de Varsovia". Mietek, como otros jóvenes del gueto, creyó que iba a poder combatir contra los nazis para liberar a los prisioneros judíos. La bohe me dijo que, por lo que le contaron tiempo después otros sobrevivientes, los que peleaban sabían entonces que había muy pocas posibilidades de una victoria, pero se habían comprometido a no morir sin dar pelea.

Llorábamos las dos cuando terminó de contarme su historia. Me tiré a su lado y la abracé fuerte, muy fuerte. Sigo sin comprender todas esas cosas que le pasaron en su infancia, cómo pudo resistir y superar momentos tan duros. Cómo se animó a seguir adelante, a subirse a un barco para viajar a un país tan lejano como la Argentina y a formar una familia. Me pregunto, sobre todo, cómo pudo ser feliz habiendo sufrido tanto. Miro una de las *selfies* que nos sacamos hace poco, una en la que nos estamos riendo las dos, a carcajadas. Entonces pienso: en mi familia sí que somos afortunados, porque entre nosotros hay una mujer valiente. Una mujer valiente que se ríe casi siempre, salvo en abril.



IV. 25 de mayo de Mayo de 1810

...el día de la Revolución de Mayo de 1810...

**Carta de Cornelio Saavedra
a Feliciano Antonio Chiclana (fragmento)**

Buenos Ayres, 15 de enero de 1811

Mi estimado Feliciano:

[...] el doctor don Mariano Moreno desplegó su emulación y envidia contra mí, y quiso vengarse bajamente de la burla que hice el 1° de enero de 1809. Este hombre de baja esfera, revolucionario por temperamento, [...] valiéndose del brindis del Borrachón del Cuartel la noche que nos convidaron en celebridad de nuestras armas, y de un obsequio que le hicieron a Saturnina de una corona de dulce que guarnecía una de las fuentes, y ella me la pasó a mí y yo se la devolví, armó el alboroto de mi pretendida coronación y proclamación en el Cuartel, y en la noche del día 5 de diciembre trató se me prendiese, y aun se me asesinase, y si no lo hizo fue porque no halló apoyo en ninguno.

Enrique Ruiz Guinazú, *El presidente Saavedra y el pueblo soberano de 1810*, Buenos Aires, Estrada, 1960 (carta perteneciente a la colección del autor).

Acá hay gato encerrado

MARÍA INÉS FALCONI

PERSONAJES

AGUSTÍN: hijo de Cornelio Saavedra (8 años).

TOMÁS: criado negro de la casa de los Saavedra (12 años).

CORNELIO SAAVEDRA: presidente de la Primera Junta.

JOAQUÍN CAMPANA: secretario de Saavedra en la Primera Junta.

SATURNINA SAAVEDRA: esposa de Cornelio Saavedra.

ESPACIO ESCÉNICO

Despacho de Cornelio Saavedra en el Cuartel del Regimiento de Patricios, con el mobiliario típico en el que se destacan un gran escritorio y dos sillones, uno a cada lado de aquel.

ÉPOCA

Diciembre de 1810

Cuando la obra empieza, el despacho está vacío. Llegan desde afuera las voces de la fiesta de fin de año que se está celebrando en el regimiento.

Se abre la puerta de golpe y entran corriendo, muy agitados, Agustín y Tomás. Cierran la puerta y se apoyan en ella para recuperar el aire. Es evidente que debajo de su ropa traen algo escondido.

TOMÁS
(Mirando alrededor, casi sin aire).
¿Qué es este lugá?

AGUSTÍN
(Igual de agitado).
La oficina de mi papá.

TOMÁS
¡Guau!... ¿Y podemos está acá?

AGUSTÍN
No.

TOMÁS

Mejó nos vamos, ¿ah? Si tu papá nos descubre nos va a mandá a fusilá. No me gusta que me fusilen.

AGUSTÍN
(Bromeando).
¿Te fusilaron muchas veces?

TOMÁS
(Muy serio).
No. Pero no ai de sé lindo. *Mejó nos vamos, ¿ah?*

AGUSTÍN
Primero vamos a comernos todo lo que nos robamos.

(Agustín saca de debajo de su ropa un par de empanadas, pasteles, torta).

Mmmm... se ve riquísimo.

TOMÁS

Yo no quiero ná. *Tomá.*
(Le da lo que trae escondido).
Se me fue el hambre.

AGUSTÍN

Cobarde. Mi papá a los cobardes sí que los fusila.

TOMÁS

¿De en serio?... Entonces traé, che. Mejó me como algo. Yo no soy ningún cobarde.

(Comen apurados, poniéndose gran cantidad de comida toda junta en la boca. Se escucha un golpe sobre la puerta. Los chicos se atragantan y se miran con los ojos muy abiertos, asustados).

CAMPANA

(Desde afuera). ¡Don Cornelio, está ahí?

TOMÁS

¿Quién es?

AGUSTÍN

Y yo qué sé. Alguien que anda buscando a mi papá.

(Hay golpes más fuertes).

CAMPANA

¿Don Cornelio?...

TOMÁS

(Temblando y tratando de tragar lo que tiene en la boca).

¿Qué hacemos?

AGUSTÍN

¡Escondernos!

(Miran alrededor, van hacia un lado y hacia el otro, y se tiran debajo del escritorio justo cuando la puerta se abre).

SAAVEDRA

(Entrando).

Disculpe, Campana. Me entretuvieron por el camino.

CAMPANA

No se preocupe, don Cornelio, y disculpe que lo haya sacado de la fiesta.

SAAVEDRA

No hay problema. Las fiestas me aburren mortalmente y no veo la hora de volver a casa.

(Desde abajo del escritorio, Agustín mueve la cabeza asintiendo. Lo que dice su papá es verdad. Tomás trata de tragar lo que le queda lentamente, sin hacer ruido.)

SAAVEDRA

Usted dirá.

CAMPANA

Yo sé que no es el mejor momento para importunarlo, justo antes de las Navidades, pero me ha llegado un nuevo petitorio del doctor Moreno.

SAAVEDRA

¿Otro petitorio? ¿Qué es lo que quiere ahora?

(Da la vuelta al escritorio y se sienta en su sillón.)

Los chicos deben apartarse para que no los toque con los pies. Quedan inmóviles.

CAMPANA

Ha pedido otra partida de dinero. Quiero que Tomás Guido, su secretario, también viaje con él.

SAAVEDRA

(Golpea la mesa. Tomás y Agustín se sobresaltan.)
¡Pero ese hombre no tiene límites!

CAMPANA

Nunca los tuvo.

SAAVEDRA

Lo sé, lo sé. Después de su renuncia, que le recuerdo que yo fui el primero en rechazar, me llamó aparte y me pidió que lo mandara como diputado a Londres. Accedí al instante otorgándole 8.000 pesos mientras esté allí, más 20.000 pesos para gastos, y le concedí la posibilidad de llevar a su hermano Manuel con dos años de sueldo por adelantado más 500 pesos de sobresueldo. ¿Y ahora me sale con esto del doctor Guido?

CAMPANA

Plantea que el trabajo es mucho y su secretario es imprescindible.

SAAVEDRA

¿Y qué pide?

CAMPANA

Las mismas condiciones que le otorgaron a su hermano.

(Saavedra suspira y se estira en su asiento. Las piernas se extienden y esta vez sí patea a Tomás, que abre grandes los ojos. Al encontrar un obstáculo, Saavedra se acomoda y patea más fuerte. Tomás aboga un grito y se corre).

Nunca pensé que iba a tener tantos problemas con el doctor Moreno, pero con el correr del tiempo ha demostrado ser un hombre de baja esfera, soberbio, helado hasta el extremo.

CAMPANA

Presumo que frente a la llegada de los diputados de las provincias para incorporarse a la Junta sintió que perdía poder.

SAAVEDRA

Los celos, Campana. En el último tiempo su lengua maledicente no ha hecho otra cosa que indisponer los ánimos de algunos miembros de la Junta y poco a poco fue ganando terreno.

CAMPANA

No son muchos.

SAAVEDRA

Los suficientes. Ahí tiene a French, a Beruti... Mathieu es uno de sus secuaces; Alberti, también, y Acuña va para donde sopla el viento.

CAMPANA

Nunca fue claro lo que buscaba.

SAAVEDRA

Por supuesto que sí. Siempre quiso separarme de la Comandancia de Armas.

(Campana se ríe y toma asiento en la silla del otro lado del escritorio. Tomás y Agustín quedan encerrados entre las cuatro piernas).

CAMPANA

Un ingenuo, después de todo.

(Al moverse para sacar su pañuelo, Campana ve a los chicos debajo del escritorio. Se produce un segundo de tensión. Los chicos lo miran suplicantes, con los ojos muy abiertos y temblando. No saben si Campana los va a delatar).

SAAVEDRA

No se equivoque, Campana. De ingenuo, nada. ¿O acaso usted no leyó el decreto de supresión de honores que publicó en la *Gazeta*? ¿Contra quién cree que estaba dirigido?

(Campana sigue distraído con los chicos, que le ruegan que no los delate juntando las manos y llevándose un dedo a la boca).

SAAVEDRA

(Extrañado por la actitud de Campana).

¿Campana?...

CAMPANA

(Recomponiéndose).

Disculpe, brigadier. Es que acá abajo...

(Los chicos tiemblan).

Hay una terrible telaraña.

(Los chicos respiran aliviados, pero Campana se venga sacudiendo su pañuelo como para sacar la falsa telaraña y mientras tanto les va pegando en la cara, lo que le da a Tomás muchas ganas de estornudar).

¿Me decía?

SAAVEDRA

Hablábamos del decreto, surgido a partir de una situación tan sin sentido como la broma estúpida de ese borrachín de Atanasio Duarte.

(La puerta se abre después de un golpe suave. Se llama Saturnina).

SATURNINA

¿Agustín está acá? Ay, disculpen, no sabía que estaban reunidos. No quería interrumpir.

(Campana se pone de pie sin perder la oportunidad de dar una patadita a los chicos).

CAMPANA
No es interrupción, doña Saturnina. Es mi culpa haber secuestrado por un rato a su esposo.

SAAVEDRA
Ya terminamos. Justamente le estaba contando a Campana el escándalo con la corona de azúcar.

SATURNINA
¡Ay! Qué mal momento. En la fiesta del regimiento, a Duarte no se le ocurre mejor idea que regalarme una corona de azúcar que rodeaba uno de los platos, como si yo fuera una reina. Y en medio de su borrachera grita: "¡Por el primer rey y emperador de América, don Cornelio Saavedra!". Imagínese usted el momento que me hizo pasar, no sabía yo cómo explicarlo ni qué hacer con la bendita corona.

CAMPANA
¿Pero eso qué tiene que ver con el doctor Moreno?

SAAVEDRA
Que se valió de esa broma sin sentido para decir que yo tenía aspiraciones monárquicas e intentó

mandarme a apresar y tal vez a que me asesinen, no lo sé.

(*Agustín abre los ojos, asustado.*)

SATURNINA
Ay, Cornelio, por favor. No lo digas ni en broma.

SAAVEDRA
No es broma. Ese es el clima que se vive, Saturnina.

CAMPANA
No la inquiete inútilmente, don Cornelio. Hay maledicencia, pero también mucha gente con sentido común que lo apoya.

SATURNINA
No se preocupe, Joaquín. Ya estoy acostumbrada a vivir junto a este hombre. La patria ante todo. Bueno, los dejo con lo suyo. Si llegás a ver a Agustín me lo mandás. Tengo que ir a casa cuanto antes. El bebé debe estar a los gritos de hambre. Yo no estoy para fiestas.

SAAVEDRA
Nadie está para fiestas, mi querida.

CAMPANA
(Intencionalmente).

No se preocupe, Saturnina. Si lo llevo a ver, se lo llevo de los pelos.

(Los chicos vuelven a temblar).

SATURNINA
No va a ser necesario, Joaquín. Agustín es una monada de chico.

(Tomás se burla de Agustín).
¿No es cierto, querido?

SAAVEDRA
Habló la madre...

(Los tres ríen).

SATURNINA
(Saltando).
No vuelvas tarde.

SAAVEDRA
No te preocupes.
(A Campana).

Ella debería ser la jefa del ejército.

(Campana se ríe).

CAMPANA
Entonces, ¿qué le digo al doctor Moreno?

SAAVEDRA
Otróguele lo que pide. Con tal de sacármelo de encima, soy capaz de darle el dinero de mi propio bolsillo.

CAMPANA
Todo estará más tranquilo ahora que se va. Vicytes parece un buen hombre.

SAAVEDRA
Lo es. Me conoce bien y sabe que no soy ambicioso. Que solo el bien de la patria es lo que me mueve.

CAMPANA

No tenga duda de que son muchos los que piensan eso.

SAAVEDRA

Qué quiere que le diga, Campana. Lo único que desee es que se reúna ese Congreso de una vez por todas para poder irme a descansar... o a pedir limosna.

CAMPANA

¡Ay, brigadier! Ni se le ocurra... ¿Qué haríamos sin usted?

SAAVEDRA

(Va hacia la puerta. Campana lo sigue).

Ya se las arreglarían, y unos cuantos se pondrían a festejar.

(Rien, abren la puerta. Campana, al dejar pasar a Saavedra, mira a los chicos que, con cara de inocentes, le dicen "chau" con la mano).

CAMPANA

Ya lo creo. *(Intencionalmente).*

Acá hay mucho gato encerrado.

(Salen y cierran la puerta).

AGUSTÍN

Vamos. Mi mamá no va a parar hasta que me encuentre.

TOMÁS

(Burlándose).

Como digas, "monada".

(Agustín le tira un manotón, que Tomás esquiva).

Salen a las apuradas de debajo del escritorio y cuando están por alcanzar la puerta esta se abre y vuelve a entrar Saavedra. Los chicos se frenan. Ya no pueden esconderse.

SAAVEDRA

(Sin sorprenderse).

Ah... Agustín. Su mamá lo anda buscando.

AGUSTÍN

Ya lo sé, papá.

(Apenas lo dice se da cuenta de que metió la pata.
Tomás lo codea).

SAAVEDRA

Sí, imagino que la escuchó cuando estaba debajo de mi escritorio.

(Agustín y Tomás se quedan con la boca abierta).

AGUSTÍN

(Tartamudeando).

¿Lo... lo sabía?

SAAVEDRA

Por supuesto. No me permitió estirar las piernas.

TOMÁS

Ah... ese no era el Agustín, don Cornelio. Ese era yo. Me pateó acá.

SAAVEDRA

Espero no haberlo lastimado.

TOMÁS

No, no se preocupe, don Cornelio. Ni me dolió.

SAAVEDRA

(A Agustín).

Bueno, vaya antes de que su mamá se preocupe.

AGUSTÍN

Sí, papá.

(Agustín sonríe. Se salvó del reto. Va hacia la puerta. Saavedra lo detiene).

SAAVEDRA

Y sepa que por una semana no podrá salir de la casa, que va a ayudar a su mamá con el bebé y que tendrá tarea de escritura para aprovechar el tiempo.

AGUSTÍN

(Enojado).

Sí, papá.

TOMÁS

¿Y yo?

SAAVEDRA

Veremos lo que dice su madre, jovencito. Estoy seguro de que ella encontrará una justa reprimenda.

TOMÁS

Sí, don Cornelio, pero la *verdad* es que preferiría que la penitencia me la pusiera *usted*, que es mucho más bueno.

SAAVEDRA

Y sepan que el castigo no es por haber entrado a mi oficina sin permiso, ni por haberse robado la comida...

(Los chicos se limpian los restos de la boca).

Es por haber sido cobardes y haberse escondido cuando los descubrimos, en vez de haber enfrentado la situación. ¿Está claro?

AGUSTÍN

Sí, papá.

TOMÁS

Sí, don Cornelio.

SAAVEDRA

Ahora vayan.

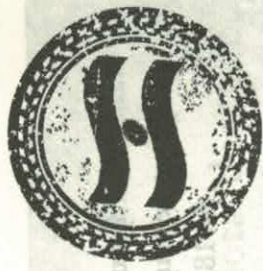
AGUSTÍN

(Saliendo).

Te dije que a los cobardes los fusilaba.

(Saavedra sonríe y sacude la cabeza).

APAGÓN



V. 20 de junio Día de la Bandera (Paso a la inmortalidad del general Manuel Belgrano)

AVANCE

El día de la Bandera es un día de gran importancia para el pueblo argentino. Es el día en que se recuerda el sacrificio del general Manuel Belgrano, quien creó la bandera argentina.

TRAYE

El día de la Bandera se celebra el 20 de junio. En este día se realiza una ceremonia en la que se levanta la bandera argentina. También se realizan actividades culturales y deportivas en honor al general Belgrano.

SUBRAYA

Y es que, para el pueblo argentino, el general Belgrano es un héroe. Su sacrificio por la independencia de Argentina es un ejemplo para todos los argentinos.

COMPARA

El día de la Bandera es un día de gran importancia para el pueblo argentino. Es el día en que se recuerda el sacrificio del general Manuel Belgrano, quien creó la bandera argentina.

AGRADECE

Si, papa.

TOMA

Si, d. m. Cereales.

**Bando de Manuel Belgrano anunciando
la puesta en marcha del éxodo jujeño
de 1812 (fragmento)**

Cuartel General de Jujuy, 29 de julio de 1812
Entended todos, que al que se encontrare fuera de las guardias avanzadas del ejército en todos los puntos en que las hay, o que intente pasar sin mi pasaporte será pasado por las armas inmediatamente, sin forma alguna de proceso. Que igual pena sufrirá aquel que por sus conversaciones o por hechos atentase contra la causa sagrada de la patria, sea de la clase, estado o condición que fuese. Que los que inspirasen desaliento estén revestidos del carácter que estuviesen serán igualmente pasados por las armas con solo la deposición de dos testigos.

Joaquín Carrillo, Jujuy. *Apuntes de su historia civil*, edición original hecha en Buenos Aires en 1877 y reeditada en 1980 por los Talleres Gráficos del Boletín Oficial e Imprenta del Estado de la provincia de Jujuy.

**Los patriotas decididos
Una historia de amor revolucionario**

MARIO MÉNDEZ

DON VICENTE Brizuela era un hombre curtido en los trabajos del campo. Sabía todo lo que un puestero debía saber: arrebaba las vacas del patrón por entre las quebradas y montañas de su Jujuy natal, sabía domar un potro, marcar el ganado, herrar un caballo, sembrar, cosechar... Y si hacía falta podía defender la hacienda de la amenaza de los cuarteros, que no faltaban, a punta de facón.

El viejo Brizuela era el puestero de la hacienda La Paloma, era viudo y era, también, el orgulloso padre de dos varones que se le parecían mucho: Juan y Esteban. A principios de 1804, cuando tuvo el accidente

que le costó la vida tras la espantada de un caballo que lo tumbó contra unas rocas, su hijo mayor, Juan, tenía diecisiete años. Y Esteban, quince. Después del breve velorio y del entierro bajo un árbol, el dueño de la hacienda, don Alcides Peñalba, los dejó a cargo del puesto: ese era el legado de su padre.

Tres años pasaron, sin novedad. Si les hubieran preguntado por su futuro, Juan y Esteban habrían respondido que vivirían en el puesto de la enorme hacienda durante mucho tiempo, quizá la vida entera.

Sin embargo, una noche de 1807, todo empezó a cambiar. En un campo vecino se celebraba un casamiento, al que los dos hermanos fueron invitados. Con sus ropas pobres bien limpias y remendadas, las botas lustrosas y la excitación de su primera fiesta, los Brizueta llegaron al convite, y para cuando se fueron, cerca del amanecer, ya nada era igual. Juan se había enamorado de una de las primas de la novia, y al poco tiempo empezó a cortejarla. Pasados unos seis meses le propuso casamiento y Paulina, que así se llamaba la chica, aceptó de inmediato. Juan habló con su hermano. ¿Qué debían hacer? ¿Él y Paulina debían buscarse trabajo y vivienda en otro sitio, o el menor debía dejar la casa paterna? Esteban no lo dudó. Era más joven y no tenía ningún compromiso,

así que decidió partir. En la fiesta en que Juan se había enamorado, Esteban había vislumbrado que había todo un mundo más allá de los límites de La Paloma, y quería conocerlo. Su hermano quedaría a cargo del puesto mientras él partía a la ciudad. Quería pasearse por las calles de San Salvador de Jujuy. Ya vería, en su momento, en qué trabajar: voluntad no le faltaba, como tampoco ganas de aprender.

Durante un tiempo, Esteban deambuló por Jujuy, Salta y Tucumán. Conchabado en distintas haciendas, hizo lo que sabía hacer desde niño: trabajos de campo.

A fines de 1809 se sumó a un arreo que bajaba a Buenos Aires. Apenas llegado se deslumbró con el movimiento de la gente en la Plaza Mayor y con las conversaciones que se cruzaban en las esquinas, aunque aún no lograra entenderlas del todo. Pero poco a poco fue comprendiendo que las cosas, en el Virreinato, estaban cambiando.

Cierta mañana caminaba distraído por una calle cercana a la plaza, cuando chocó con un hombre de levita, un español que, después lo supo, era

funcionario del Cabildo. Esteban intentó una disculpa, pero el otro no se la permitió.

—¡Gaucho andrajoso! —le gritó. Al tropezar, el barro de la calle le había manchado las ropas inmaculadas, y eso lo había enfurecido.

Más sorprendido que intimidado, Esteban retrocedió. Entonces, envalentonado, el funcionario pretendió levantarle la mano. En ese momento, otro hombre, de grandes patillas y una levita tan elegante como la del español, se interpuso entre ambos.

—El joven le pidió disculpas. Lo golpeó sin ninguna intención. Acéptelas y siga su camino. Ya no es tiempo de abusos, el que estamos viviendo —le dijo el hombre de las patillas, mirándolo a los ojos.

El español dudó. Por un momento, Esteban pensó que sacaría un arma o intentaría golpear al entrometido, pero evidentemente no se animó a hacerlo, porque masculló unas frases ininteligibles y siguió su rumbo.

Esteban volvió a sorprenderse: el hombre que había intercedido en su defensa se reía abiertamente,

—No haga caso, mi amigo —le dijo cuando se le pasó la tentación, extendiéndole la mano—. Manuel Belgrano, a sus órdenes. Los criollos ya nunca más tendremos que correrlos del camino.

Esteban, todavía confuso, estrechó la mano que le tendían. Era la primera vez que alguien así, un señor a todas luces importante, lo trataba como a un igual. Y no lo olvidaría nunca.

En Buenos Aires se estaba preparando la revolución, y Esteban, que hasta unos meses antes no sabía absolutamente nada de política, empezó a participar. Desde la mañana en que el caballero criollo había intercedido por él, algo había cambiado en los sentimientos del gaucho jujeño. Ahora no se perdía las charlas en las que oía hablar de libertad, de independencia y de justicia. Y se sentía conmovido. No lo dudó: él sería parte de la revolución, en el lugar que hiciera falta.

Esteban fue uno de los hombres que rondaron la plaza, a las órdenes de French y de Beruti, la mañana lluviosa del 25 de mayo de 1810. Y fue uno de los que más gritó, alborozado, cuando entre los miembros de la Primera Junta de Gobierno reconoció a Belgrano, que saludaba desde un balcón.

Trascurrido un tiempo, cuando supo que su admirado Belgrano conduciría al ejército que iba

hacia el Norte, hacia sus tierras, Esteban decidió alistarse. Llegados a Rosario fue testigo de un hecho que sería clave en la historia, aunque el joven jujeño no pudiera siquiera sospecharlo. Firme en las filas, el 27 de febrero de 1812, a orillas del Paraná, el soldado Brizuela asistió emocionado al primer izamiento de la bandera. Y aplaudió, con todos sus compañeros, cuando el general Belgrano enarboló la insignia celeste y blanca.

Poco tiempo después, luego de un extenuante viaje, Esteban volvió a sus tierras, como un soldado más del Ejército del Norte. Sentía grandes deseos de reunirse con su hermano, al que no veía desde hacía tanto, pero sabía que no era momento para pedir permisos. Sin embargo, en una escaramuza cerca del arroyo Las Piedras, un disparo lo hirió en el hombro y entonces sí fue licenciado, hasta que la herida sanase.

Esteban se dirigió a la hacienda donde había crecido. Como correspondía, no fue directo a su rancho, sino que pasó primero por la casa grande, la residencia de don Alcides Peñalba y su familia, a presentarle sus respetos al patrón. Su gesto, sin embargo, no encontró eco en el hacendado, que no solo no lo recibió sino que hizo, intencionadamente,

una serie de comentarios despectivos sobre "los salvajes revolucionarios porteños".

El joven soldado comprendió que a don Alcides, criollo poderoso que se había enriquecido durante el Virreinato, no le gustaba nada lo que estaba pasando en América. Antes de seguir su rumbo hacia el rancho donde había crecido, paró a tomar agua del pozo que estaba en el patio trasero, junto a la cocina. Pensaba refrescarse y continuar de inmediato, pero apenas se asomó por la ventana cambió de idea. En la cocina, una muchacha que él había conocido de niña iba y venía con el mate. Se la quedó mirando. Diamantina, la cebadora, la esclava que Esteban había visto aprendiendo las labores domésticas años atrás y que por ese entonces tendría unos quince o dieciséis años, se había convertido en la mujer más bella que hubiera visto nunca.

Con el sombrero en la mano, y una sonrisa abierta, entró a la cocina y pidió un mate. Miraba a la muchacha con disimulo, pero con insistencia. Y en un momento le pareció que ella le devolvía las miradas, con picardía.

Después de los mates, saludó y se retiró. Cuando subió al caballo vio que Diamantina caminaba hacia él con un último mate espumoso, el del estribo. No

era costumbre que una esclava se acercara a una visita para llevarle ese mate final: era una libertad que la muchacha se había tomado, y que Esteban correspondió con una gran sonrisa. De fondo, mientras se alejaba al trote de su alazán, lo acompañaron los rezongos de Olinda, la negra que daba las órdenes en la cocina. Por el tono de voz de la mujer, Esteban temió que la osadía pudiera costarle cara a Diamantina.

4

Paulina y Juan lo recibieron con sorpresa y alegría. Apenas se soltó del abrazo de su hermano, Juan corrió al rancho a buscar a su pequeño, al que habían llamado como el abuelo.

—Este es Vicente, tu sobrino —le dijo Juan, orgulloso—. Y si el crío que viene en camino es mujer, se llamará Jacinta, como mamá —anunció, sonriente. Paulina se ruborizó: recién entonces Esteban comprendió que su cuñada estaba otra vez embarazada.

Durante la cena, Juan quiso saberlo todo sobre las andanzas de su hermano menor. Por qué pueblos y provincias había andado, qué trabajos había hecho, qué cosas había visto que él quizá nunca

vería. Esteban le contó de los caminos polvorientos, de los pueblos y ciudades que había recorrido y, sobre todo, de Buenos Aires: le habló de los cafés, de la Plaza Mayor, de los barcos anclados en la costa y, claro está, de la revolución.

—En cuanto se me cure el hombro, hermano —le dijo—, vuelvo al ejército. Ese es mi lugar.

A Juan no pareció gustarle mucho la idea; era un hombre de paz, tenía un niño pequeño y otro por nacer, y si bien creía en la libertad y en la independencia, no estaba dispuesto a dejar su lugar de trabajo para tomar las armas.

—Cada cual lucha desde su puesto —le dijo Esteban, para zanjar la discusión—. Tal vez un día tengas que pelear por la patria, desde acá mismo.

Juan asintió. Ninguno de los dos hermanos podía saber que las palabras de Esteban serían premonitorias.

Después de la cena, cuando el matrimonio se retiró a dormir, Esteban salió a caminar por el campo que tanto conocía. Tenía la cabeza y el corazón divididos: por un lado, lo llamaba la lucha; por el otro, un par de ojos muy negros, y una sonrisa pícaro, le hacían cosquillas en el pecho. Suspiró, y se sorprendió a sí mismo: ponerse a suspirar en la noche, bajo las

¿Diamantina?

estrellas, no parecía muy propio de un curtido soldado. En todo caso, se dijo con una sonrisa, tal vez sí suspiraran así algunos combatientes: los enamorados.

Casi dos semanas se quedó Esteban en la hacienda. Cada vez que podía, cuando apenas clareaba, al atardecer o durante las noches, rondaba la casa grande, en busca de Diamantina. Y ella, que lo correspondía, casi siempre encontraba una excusa para dejar su puesto en la cocina y encontrarse, furtivamente, con su enamorado. A los besos y los abrazos, Esteban sumaba las charlas con las que pretendía que su enamorada, nacida esclava, se convenciera de que no lo sería por siempre. Él estaba seguro, le decía en cada encuentro, de que en cuanto la revolución se afianzara, terminaría definitivamente con la esclavitud, como estaba terminando con los abusos que sufrían los criollos. La libertad era un derecho, su derecho, afirmaba Esteban, y si no la conseguían por las buenas la tomarían por las malas, tal como planteaban los más fervientes revolucionarios de 1810.

Diamantina oía las palabras de su amado con una tibia esperanza, que muchas veces se tornaba

escepticismo. Le costaba creer que los blancos, criollos o españoles por igual, fueran a terminar con la esclavitud. Cuando ella le decía esas cosas, Esteban se ofendía, protestaba que él la quería y que estaba dispuesto a todo por ella. Solo entonces Diamantina aflojaba su desconfianza, le echaba los brazos al cuello y le decía que sí, que juntos serían libres.

Una vez recuperado, Esteban anunció que se iba. Primero se lo dijo a su hermano y luego a Diamantina, que lloró al escucharlo. En San Salvador lo esperaba el general Belgrano con el Ejército del Norte, al que debía volver. A su hermano le dijo que había que asegurar la revolución. A Diamantina, que para ser felices primero tendrían que ser libres.

Esteban se reincorporó a su batallón, pero no le fue fácil. Al oficial a cargo no se le escapaba que había vuelto algo cambiado, y se permitió dudar de la voluntad del soldado Brizuela. Esteban no dijo nada. Sabía que tendría la oportunidad de demostrar su valor, y la ocasión le llegó a los pocos días. Desde el Alto Perú bajaban las fuerzas criollas comandadas por Eustaquio Díaz Vélez. Estos hombres, que habían sufrido

la derrota de Huaqui, que llegaban enfermos, mal pertrechados, algunos hasta descalzos, se mostraron capaces de seguir peleando y contagiaron su fervor a los soldados más jóvenes. Esteban pidió autorización y con su propio caballo, su sable y su fusil de chispa, se sumó al cuerpo de los Patriotas Decididos, al mando de Díaz Vélez.

Por las noches, en el camastro en el que dormía, dividía sus pensamientos entre el recuerdo de su enamorada y los sueños de libertad, para ella y para todos. Ya había intervenido en varias escaramuzas, a las órdenes del valeroso Díaz Vélez. Los Patriotas Decididos hostigaban todo el tiempo a las avanzadas realistas, y Esteban no dudaba del éxito, por más que las fuerzas españolas fueran mayores.

A pocos días de que se cumpliera el segundo aniversario de la revolución, Esteban estaba en los cerros, peleando junto a los Patriotas Decididos. Allí se enteró de que Belgrano estaba organizando, junto con el cura Gorriti, una misa extraordinaria. En la propia catedral de San Salvador, según se decía en voz baja, Belgrano haría bendecir la bandera celeste y blanca, la

enseña que había creado para diferenciar a los patriotas de los españoles. Era todo un símbolo, y un gesto que a los jujeños, en su mayoría religiosos, los terminaría de convencer de que el general era el hombre adecuado para guiarlos. Esteban tenía por Belgrano una admiración absoluta. Estaba convencido de que ese hombre los conduciría a la victoria, aunque para eso tuvieran que sufrir.

El 24 de mayo de 1812, tras una incursión en los cerros en la que los Patriotas Decididos hicieron retroceder a los españoles y les tomaron un cañón y una bandera, Esteban y sus compañeros entraron a la ciudad, que estaba convulsionada por la inminente misa. En uso de un día de franco, el joven soldado decidió salir a caminar por la plaza para disfrutar así de un merecido descanso. De pronto le pareció ver, en una esquina, una silueta inconfundible. Sorprendido, apuró el paso. Allí, con una sonrisa radiante, lo esperaba Diamantina. Aprovechando que los patroncos de La Paloma habían huido hacia el Norte, la esclava había decidido escapar de la hacienda; como tantas mujeres, acompañaría a las tropas, las seguiría, pelearía con ellas.

Un rato después, con Diamantina de la mano, Esteban se presentó ante el coronel Díaz Vélez.

Muchos hombres los miraron con asombro. Se podía ser revolucionario, se podía luchar y morir por las nuevas ideas, pero todavía costaba mucho aceptar que un hombre blanco se paseara del brazo de una mujer negra. Si Díaz Vélez se sorprendió, supo disimularlo. Les dio la bienvenida, y le dijo a Esteban que la nueva voluntaria podía pelear como la valiente Juana Azurduy, que ya era una leyenda en todo el Norte. Y como tantas otras.

Al día siguiente, desde los últimos puestos de la catedral, Diamantina y Esteban, siempre de la mano, siguieron emocionados el momento solemne en que el general Belgrano presentaba la bandera al vicario Gorriti, para que este la bendijera, ante los aplausos emocionados de los jujeños.

Durante el tiempo de aprendizaje de Diamantina, tiempo de lucha y también de amor, los españoles que comandaba el general Pío Tristán se acercaban peligrosamente a la ciudad de Jujuy. Enterado de esta situación, el Triunvirato, que gobernaba desde Buenos Aires, ordenó al Ejército del Norte que retrocediera hasta Córdoba, dejando tras de sí la tierra arrasada.

Esteban, como tantos jujeños, escuchó con gojajo la proclama de su general. Las casas debían abandonarse, los sembradíos que no pudieran ser cosechados y transportados debían ser incendiados, al igual que los bienes que la gente no pudiera llevarse; los animales serían arriados: muchos de ellos, por cientos, morirían en el camino. Ochocientos kilómetros separaban a Jujuy y a los jujeños del destino fijado por el gobierno porteño; sería una odisea, y por eso, y a su pesar, Belgrano fue inflexible. Había que cumplir la orden, y el que se negara sería fusilado.

Durante el doloroso éxodo, los hermanos Brizuela se reunieron en la vieja casa paterna. Esteban le explicó a Juan cuál era la orden. Juan no dudó un instante. Reunió sus cosas en un carro, arrió los pocos animales que los Peñalba no se habían llevado, cosechó lo que pudo e incendió lo demás. Su mujer, con un embarazo muy avanzado, lo acompañó en el liderazgo. Esteban se sintió orgulloso de su hermano y más aún de Paulina, su cuñada.

Frente al rancho que quedaba vacío, los hermanos se fundieron en un abrazo. Juan, su mujer embarazada y su pequeño hijo, como tantos otros jujeños, formarían parte del durísimo éxodo. Esteban y

Diamantina, con los jinetes de Díaz Vélez, cuidaban la retaguardia.

Tras diez días de marcha forzada, la retirada se detuvo. Esteban oyó sorprendido la orden del coronel Eustoquio Díaz Vélez: a las orillas del río Las Piedras, los Patriotas Decididos y otros valientes que formaban la retaguardia del éxodo darían batalla. Ese era un punto muy favorable para resistir, y lo aprovecharían.

Apenas las tropas españolas asomaron frente al río fueron sorprendidas por la caballería de Díaz Vélez. Esteban peleaba preocupado por su mujer, que tenía ese día su bautismo de fuego. Sin embargo, cuando la lanza corta que manejaba Diamantina interceptó la espada de un español que lo atacaba, y luego lo derribó para siempre, Esteban comprendió que ella ya era un soldado más, una combatiente a quien podía confiarle la vida.

Pocos días después, el éxodo llegó a Tucumán. Tres enviados de la ciudad pidieron entrevistarse con Belgrano. El general, que tenía muy presente el triunfo de Díaz Vélez en Las Piedras, decidió entonces aceptar lo que los enviados le pedían. Desobedecería la orden de bajar a Córdoba y, junto a los tucumanos, daría batalla.

La importante reunión ya terminaba cuando un alboroto lo sorprendió. Alguien gritaba, cerca del comando, que una de las jujeñas que habían marchado tantos kilómetros acababa de parir a un varón. Y la comadrona decía que la madre había pedido que el chico se llamara Manuel, en homenaje al comandante. Conmovido, Belgrano decidió que sería el padrino del pequeño Manuel Brizuela. Y también que esa era la última señal que enviaba la Providencia. Ya no quedaban dudas: tenían que combatir.

El 24 de septiembre de 1812, nueve días después del nacimiento de Manuel, las tropas de Belgrano dieron cara al ejército de Tristán, que los doblaba en número. La caballería a cargo de Díaz Vélez ocupaba el flanco izquierdo de las tropas de Belgrano. Entre los jinetes que cuidaban ese flanco se formaban los hermanos Brizuela, junto a Diamantina, por supuesto.

La batalla duró dos días terribles. Una carga de caballería comandada por el coronel Juan Ramón Balcarce causó la primera desbandada del ejército

español, que sin embargo se rehizo en un determinado momento avanzó sobre el centro de las tropas criollas, confundíndolas y tomando prisioneros. Desde su lugar de lucha, los hermanos y la joven muchacha, al mando de Díaz Vélez, participaron de la toma de cañones y armas abandonados por los españoles. También fueron testigos, cuando la batalla se tornó desfavorable, de un suceso que muchos consideraron milagroso: una enorme manga de langostas apareció de improviso, confundiendo por igual a españoles y criollos. Sin embargo, cuando los criollos vieron que eran los españoles los que, sorprendidos, perdían sus lugares, sus armas y pertrechos, decidieron que las langostas también estaban peleando por el ejército revolucionario, y redoblaron los ataques. Juntos, patriotas y langostas, pusieron en fuga a buena parte de las tropas realistas.

Al fin de la segunda jornada de lucha, el triunfo de Belgrano y sus patriotas había sido total.

Cubiertos de tierra, heridos aquí y allá, pero a salvo, Diamantina, Esteban y Juan se reunieron con Paulina, y todos festejaron en las calles de la heroica Tucumán. Ellos no podían saberlo, pero habían participado de la victoria más importante de la guerra de la independencia.

El triunfo de Tucumán modificó las cosas para todo el Norte argentino, y no solo para el Norte. En Buenos Aires, el Primer Triunvirato sería reemplazado por otro, y Belgrano y su gente recibirían el premio que más esperaban: se había anulado la orden de seguir hacia el Sur y, por el contrario, se la había cambiado por la de regresar hacia el Norte, hacia el propio terruño, a recuperar lo que habían abandonado. Los Brizuela y sus mujeres festejaron la noticia. Ellos, por supuesto, no tenían nada que ver con las decisiones que tomaban los gobernantes: solo sabían de su sentimiento de libertad y del amor a su tierra. Volver a Jujuy, como vencedores, era una combinación perfecta de las dos cosas.

No sería fácil, desde luego. Pasarían varios meses hasta que el Ejército del Norte llegara a Salta, donde, una vez más, se enfrentaría a las tropas realistas, otra vez superiores en número y armamento.

El 20 de febrero de 1813, nuevamente los hermanos Brizuela y Diamantina formaron parte de la caballería de Eustoquio Díaz Vélez. El coronel, segundo jefe de las fuerzas de Belgrano en la batalla, fue herido de un disparo apenas comenzada la

contienda, pero no por eso dejó el campo. Su ejemplo alentó a todos los patriotas, que redoblaron los ataques.

Una vez vencida la resistencia que Pío Tristán había organizado en torno al cerro San Bernardo, las tropas criollas avanzaron sobre la ciudad, donde se habían refugiado los realistas. Los combates se sucedían en las calles. Fue allí donde Juan recibió un bayonetazo que le inutilizaría para siempre el brazo izquierdo y que, al fin de la batalla, lo haría merecedor, de manos del propio Belgrano, de una medalla por su valor en combate, el último que pelearía.

Vencidos los españoles en Tucumán y Salta, el triunfo de la revolución todavía no estaba cerca, pero empezaba a vislumbrarse. Díaz Vélez fue nombrado gobernador de Salta, y sus hombres y mujeres festejaron emocionados cuando el comandante ordenó que la bandera celeste y blanca flameara por primera vez en un balcón del Cabildo de esa ciudad.

Los Brizuela y sus mujeres, como todos los pobladores que habían abandonado sus casas y sus tierras en Jujuy, como los soldados que habían dejado sus vidas en Tucumán y Salta, eran parte fundamental de ese momento. Si la bandera flameaba, era por y para ellos.

Dispuestos a seguir luchando, Esteban y Diamantina se sumaron al cuerpo de Pardos y Morenos, y con ellos, al mando del coronel Superí, se mostraron dispuestos a seguir la marcha hacia el Norte para consolidar la revolución en el Alto Perú.

Sin embargo, antes de partir, Esteban Brizuela, con su Diamantina del brazo, se atrevió a presentarse ante el vicario Gorriti, en un momento en que este departía nada menos que con el general. El soldado Brizuela no había vuelto a hablar con él desde la lejana mañana del incidente en una calle porteña. Belgrano tal vez lo reconoció, porque lo animó con una amplia sonrisa. Esteban fue breve, pero firme: quería que el sacerdote los casara.

Bajo la atenta mirada de Manuel Belgrano, sus dos soldados fueron casados en una breve ceremonia. Nunca antes, en las tierras que luchaban por su libertad, se había consumado un matrimonio semejante.

Todos los integrantes del Ejército del Norte, empezando por Gorriti y Belgrano, sabían que ese mismo año la Asamblea había dispuesto que los hijos de esclavos nacerían libres. Diamantina y Esteban lo sabían mejor que nadie.



almanaque 56

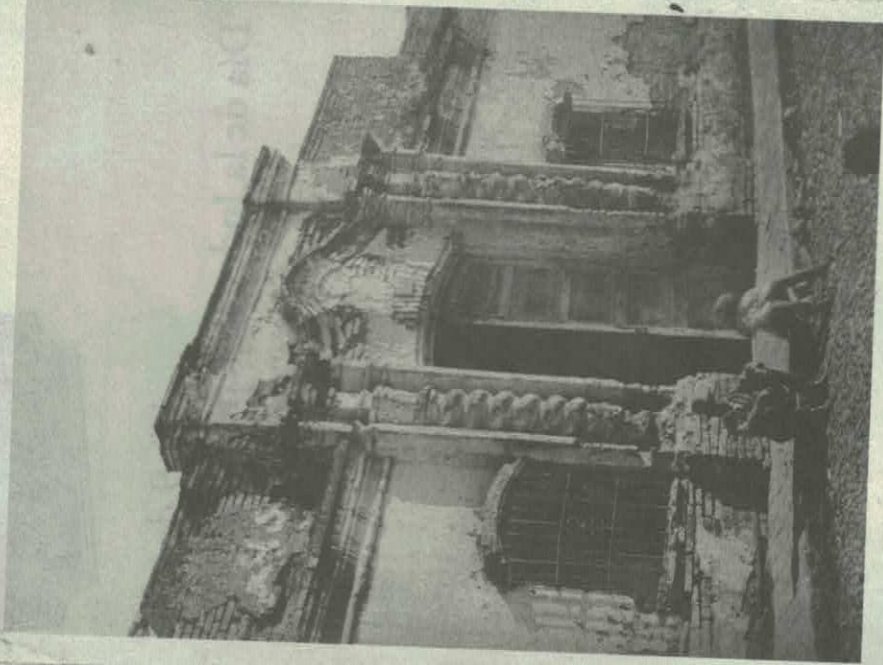
VI. 9 de julio Día de la Independencia argentina



El 9 de julio de 1816, el Congreso de Tucumán declaró la independencia de Argentina respecto a España.

El 9 de julio de 1816, el Congreso de Tucumán declaró la independencia de Argentina respecto a España. Este día es considerado el Día de la Independencia Argentina. El Congreso se reunió en Tucumán, una ciudad estratégica en el norte de Argentina, para discutir el futuro del país. Los representantes de las provincias se reunieron para discutir el futuro del país. El Congreso se reunió en Tucumán, una ciudad estratégica en el norte de Argentina, para discutir el futuro del país. Los representantes de las provincias se reunieron para discutir el futuro del país. El Congreso se reunió en Tucumán, una ciudad estratégica en el norte de Argentina, para discutir el futuro del país. Los representantes de las provincias se reunieron para discutir el futuro del país.

Casa Histórica de Tucumán



“Casa Histórica”, fotografía de Ángel Paganelli, 1869.

¡Tenemos patria!

ANA MARÍA SHUA

PARA LAS empanadas, no hay como la negra Eulogia, y ella lo sabe. Esta noche no es una noche cualquiera en la casa de los Guzmán Molina, y Eulogia también lo sabe. Por eso se esmera más que nunca y controla con ojo severo la conducta de las dos negras, María y Jesusa, que trabajan bajo sus órdenes.

Las muchachas cuchichean y se ríen. Ya quisieran ellas tener su mano para preparar la masa. La receta es fácil y la cocinera no la oculta: se deshace en agua caliente, algo salada, un trocito de levadura, y con esta agua, echándola poco a poco en el hueco central del montón de harina y revolviendo se va formando una masa dura que se amasa hasta unir la toda. Entonces, mientras se soba, se le va echando grasa de chanchito sacada del tocino frito. Y se la

amasa más y más hasta que se vuelva suave y blanca. Después, se la cubre con un mantel doblado y se la deja una hora. Es fácil decirlo, pero ¿qué manos saben sobar la masa como las manos de Eulogia? Es fácil decirlo, pero no hacerlo.

Y claro que no es una noche cualquiera: es la noche del 9 de julio de 1816. Hoy ha sido un día de gloria para todos los que soñaban con la independencia de la patria. Qué palabra rara, la patria, es como si llenara la boca, piensa doña Tomasa, la joven esposa del abogado Guzmán Molina. Patria: una palabra tan nueva, que hasta hace poco ni siquiera existía. Catorce años tenía Tomasa cuando llegaron las increíbles noticias desde Buenos Aires, ese junio de 1810. Ahora es una mujer grande, ya con seis años de casada y dos niños, un varón y una chiquita que lleva su nombre.

Los vecinos de Tucumán se han puesto de acuerdo en que el gran festejo para celebrar la independencia será el 25 de julio, pero esta noche, a pedido de su marido, ella prepara un convite en su casa, al que vendrán varios congresales. Entre ellos, Narciso Laprida, el representante de San Juan, a quien le ha tocado (¡qué afortunado!) presidir la sesión histórica de hoy. Las deliberaciones han durado

nueve horas y los hombres deberían estar agotados, pero ¿quién puede dormir en una noche así? Doña Tomasa le ha ordenado a la negra Eulogia que prepare empanadas como para veinte personas. Y que por favor no se olvide de armar una fuente aparte con algunas que no lleven aceitunas; eso es algo muy pero muy importante, porque al señor Laprida no le gustan las aceitunas.

A pesar de que se siente una mujer con tanta experiencia ya, a doña Tomasa, con sus veinte años, no le resulta fácil manejar a la negra Eulogia. Pero en noches como esta, en que va a poder lucirse con sus empanadas, su locro, sus huevos quimbos y sus pastelitos de membrillo, está muy contenta de tenerla en su casa. En toda la ciudad de Tucumán, con sus doce manzanas y sus cuatro iglesias, nadie cocina como Eulogia.

Mientras tanto, en la cocina, Eulogia soba la masa como solo ella sabe hacerlo y las dos chicas tratan de imitarla. ¡Son tan jóvenes! Eulogia es casi una anciana, aunque gracias al trabajo constante en la cocina y en las tareas domésticas, todavía tiene fuerza en los brazos. Ella misma no está muy segura de cuántos años tiene, aunque ya de grande se preocupó por saber cuándo la entregó en Buenos Aires

el barco negrero en el que vino desde el Congo. Lo pudo averiguar porque fue justo el año de la gran inundación. Y nunca se olvidó. Eulogia no sabe leer ni escribir, pero no se olvida de nada: fue en 1771, ella era una niña y se llamaba Abiba. A veces pronuncia en secreto su nombre africano, su nombre prohibido. "Abiba", se dice a sí misma, "soy Abiba".

Tampoco olvida el nombre de su madre, que murió en el viaje terrible desde el Congo, en un barco portugués. En la bodega se amontonaban negros de muchos pueblos y naciones. Su madre se llamaba Ngororo y la mató una enfermedad de la que se contagiaron muchos y que hizo maldecir en todas las lenguas al capitán portugués, que veía perderse su mercadería antes de llegar al punto de venta.

Las negritas que trabajan con ella han nacido aquí, en estas provincias; no se imaginan la ventaja que es haberse criado ya ladinas, es decir, hablando el español. Ella era negra bozal cuando llegó al Río de la Plata, no hablaba más que su idioma africano. Después de que la vendieron aprendió el español a fuerza de golpes, en casa de sus amos, con ayuda de los otros esclavos.

Tuvo suerte. Los Serrano trataban bien a la servidumbre. Los esclavos tenían sus habitaciones en

lenguas
naciones
unión
libertad

el patio de atrás, comían lo suficiente y rara vez se los castigaba con azotes. ¿Cuántos años tendría ella en ese entonces, así como cuentan sus años los blancos? ¿Ocho? ¿Diez? La cocinera de la casa, una negra yoruba gorda y alegre, la tomó a su cargo y le enseñó lo primero que tenía que saber: el idioma español, la religión cristiana y a cebar mate, que fue su primer trabajo en esa casa. Con el tiempo, la negra Carolina le tomó cariño y terminó por enseñarle también muchos secretos de cocina.

Eulogia cree en Dios, cree en Jesucristo y en la Virgen María, y se estremece al pensar que podría haber vivido toda su vida sin ser cristiana. Eso fue lo único bueno de ser esclava, piensa. Si se hubiera muerto sin convertirse en una católica creyente, podría haberse ido al infierno. Eulogia se imagina el infierno como la mismísima cocina en la que ella trabaja, con los diablos como cocineros. El infierno, piensa a veces, debe ser una eterna esclavitud.

Los invitados todavía no llegaron. Esta noche la cena será más tarde que de costumbre. La dueña de casa acuesta a sus niños, una tarea que habitualmente le corresponde a la negrita María, pero no hoy,

porque todas tienen que trabajar en la cocina. Los chiquitos están contentos y le piden a su mamá que les cuente un cuento.

—Esta noche —dice doña Tomasa—, les voy a cantar una canción.

Y les canta un par de estrofas de una canción nueva que se ha puesto muy de moda en todos los salones, una canción que habla de la patria y de la libertad y sin embargo es lo bastante suave y lenta como para ayudarlos a dormir. Se llama "La condición":

Condición de patricia, femenil condición,

es sentir que por la patria late el amor.

Condición de patricio, varonil condición,

es saber ser su fiel defensor.

—Y cuando yo sea grande —pregunta Rodrigo—, ¿voy a poder ir a pelear contra los españoles con el ejército del general San Martín?

—Cuando seas grande, mi vida, ¡espero que ya no haga falta! —suspira su mamá.

A doña Tomasa le preocupa la suerte de su hermano Bernardo, tan joven y tan entusiasmado con la causa, que ha viajado a Mendoza para alistarse como oficial en el ejército que cruzará los Andes para liberar a Chile. ¡Qué locura! Tomasa trata de compartir

la alegría y la emoción de su marido y de su hermano, pero a veces no deja de preguntarse por qué los hombres siempre tienen que matarse entre ellos.

¿Acaso no es una locura también haber decretado así nomás la independencia? Tomasa presentó muchas discusiones en su casa en los últimos días. No todos estaban de acuerdo en que fuera tan buena idea. Chile está en manos de los realistas. El ejército enemigo acecha desde el Alto Perú, ay, después de tantos fracasos militares, qué desastre. Brasil sigue siempre bajo la corona de Portugal. Y encima tienen ahora el problema del caudillo de la Banda Oriental, Artigas, que ha levantado a todo el Litoral, provincias importantísimas que se negaron a mandar a sus representantes al Congreso... Pero otros pensaban al revés, que justamente era imprescindible decretar la independencia ahora mismo. Como bien había dicho la otra noche Belgrano, saboteando una de las empanadas de Eulogia: —¿Cómo nos van a tomar en serio en Europa si seguimos sin ser un país de verdad?

—Lo mismo piensa San Martín, me escribe desde Cuyo pidiéndome que apuremos todo lo posible la decisión. ¡Como si declarar la independencia

Condición
de
una

fuera soplar y hacer botellas! —le contestó el joven Godoy Cruz, representante de Mendoza.

—No será fácil, pero es más que necesario —insistió Belgrano.

Los niños ya están dormidos y Tomasa le pide a su marido, que tiene muy buena memoria, que le repita las palabras con que se declaró la independencia. Quiere estar al tanto de todo con el mayor detalle posible, para poder seguir la conversación de sus invitados. José María estuvo allí, en la misma casa donde se reúne el Congreso. Muchos tucumanos quisieron estar presentes. Por suerte, en la última refacción tiraron abajo una pared y en la sala caben más de cien personas.

José María sonríe comprensivamente. ¡Su esposa es tan joven, parece tan ansiosa por quedar bien con los invitados! A sus treinta y ocho años, él ya perdió algunos bríos de la juventud y ahora es un hombre maduro y reposado. Vuelve a repetirle, lo mejor que puede, las palabras con que se preguntó a los presentes si querían la libertad.

—¿Quieren que las provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los reyes

de España y su metrópoli? Y todos gritamos: "¡Sí, queremos!". Fue increíble, un grito que hizo temblar la casa, te digo que se me hizo un nudo en la garganta, Tomasa.

—¿Y quién preguntó? ¿Fue Laprida, el presidente?

—No, fue Serrano, uno de los secretarios.

Mientras tanto, se ha producido un pequeño percance en la cocina. Eulogia, perdida en sus pensamientos, se distrajo por un momento, y la negra María no tuvo mejor idea que mezclar la carne cortada a cuchillo con el huevo duro, las pasas ¡y las aceitunas! Una calamidad. Ya deberían estar haciendo el repulgue, no hay tiempo para preparar todo el relleno de nuevo. Eulogia aparta una cantidad y les pide a las muchachas que la ayuden a limpiarla cuidadosamente de todas y cada una de las aceitunas, incluyendo los trocitos cortados.

—Pero ¿ustedes se dan cuenta de lo que se está festejando hoy? —les pregunta.

—Cosas de blancos —contesta una.

—Cosas de blancos que también son importantes para nosotras —insiste Eulogia—. ¿O no están contentas de que nuestros hijos nazcan libres, como pasa desde hace tres años?

Receta Empanadas

—Sí, muy libres, pero hasta los veinte años se tienen que quedar trabajando para los amos... —protesta María, mientras revisa con atención su montoncito de carne.

La otra no dice nada, pero Eulogia sabe lo que piensa: su marido fue comprado por un mendocino que se lo llevó a servir al Ejército de los Andes. Después de dos años de servicio, el negro Nepomuceno quedará en libertad. Su esposa, que tiene quince años y un bebé nacido libre, no se atreve a sentirse feliz pensando en que su marido volverá como liberto. Por el momento, tiene mucho miedo de que muera en la guerra.

Terminan de limpiar el relleno y se dedican al repulgue. Eulogia cuida de que las empanadas sin aceitunas no se mezclen con las demás. Pone a calentar el loco en la gran olla de cobre y le ordena a María que revuelva de vez en cuando.

El llamador ya está golpeando. Llegan los primeros invitados. Tomasa y José María van a abrir la puerta. Poco a poco van llegando los demás. Es una noche fría y todos traen sus capas y abrigos, que quedan en el recibidor. Pero no hay frío que pueda

con el calor de la emoción y la alegría. La sonrisa de las mujeres, las carcajadas de los hombres, la forma en que repiten una y otra vez el relato detallado de los acontecimientos del día... Las negritas pasan con las fuentes de empanadas, que todos alaban y devoran. Para el doctor Laprida, por supuesto, la fuente especial sin aceitunas. Una de las mujeres le comenta a otra, en secreto, que no ha podido convencer a Tomasa de que le preste por un día, por un solo día, a la negra Eulogia. Un grupito de hombres conversa sobre la fabricación de carretas, un negocio que funciona muy bien en Tucumán.

Y de vez en cuando todos se miran unos a otros, felices y asombrados, como para confirmar que es verdad, que no es un sueño. Ha sido un gran día, un día extraordinario. ¡Somos libres! ¡Somos independientes! ¡Tenemos patria!

Fue un gran día, sí, pero Eulogia no tiene tiempo para festejar. Todavía queda mucho por hacer. Con ayuda de María y Jesusa, tiene que limpiar la cocina hasta dejarla reluciente. Tiene que preparar la leña. Tiene que poner a remojar el maíz para la mazamorra que van a comer de postre al día siguiente. Y tiene que

LILIANA BODOC nació en Santa Fe en 1958. Cursó la Licenciatura en Literaturas Modernas de la Universidad Nacional de Cuyo. Fue docente y organizó un taller de narrativa. Junto a estas actividades, desarrolló una notable tarea como escritora. Entre su obra se destaca *La saga de los confines*, que recibió numerosas distinciones, entre ellas la Lista de Honor del Premio Andersen, 2000, y una mención especial de The White Ravens, 2002, y fue traducida a varios idiomas.

También ha publicado, en Norma: *La mejor luna, Reyes y pájaros* y *El rastro de la canela*.

FEDERICO LORENZ es investigador adjunto del CONICET en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA) y profesor de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Es director del Museo Nacional de e Islas del Atlántico Sur. Publicó *Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas* (2014); *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora argentina, 1973-1978* (2013); *Las guerras por Malvinas 1982-2012* (2012) y *Malvinas. Una guerra argentina*

(2009), así como dos novelas: *Montoneros o la ballena blanca* (2012) y *Los muertos de nuestras guerras* (2013).

HINDE POMERANIEC nació en Buenos Aires. Es licenciada en Letras, periodista y editora. Fue docente de la carrera de Letras de la UBA y ejerce la docencia en escuelas de periodismo. Fue editora de Cultura y de Política Internacional en el diario *Clarín* y en la actualidad es columnista del diario *La Nación*. Trabaja en radio y TV y colabora con diversos medios extranjeros. Entre 2010 y 2014 fue directora editorial global del Grupo Norma. Es autora de los libros *Katrina, el imperio al desnudo; Rusos. Postales de la era Putin* y *Blackie, la dama que había hablar al país*.

MARÍA INÉS FALCONI nació en Buenos Aires. Escribe cuentos, teatro y novelas para chicos y adolescentes. Lleva publicadas y/o estrenadas más de cincuenta obras en Argentina y otros países de habla hispana. Algunas de sus obras han sido traducidas también a otros idiomas y han recibido premios nacionales e internacionales.

Participa en numerosos congresos, foros, talleres y festivales de teatro para niños y jóvenes, nacionales e internacionales, tanto con sus obras como en calidad de panelista, tallerista, conferenciante u organizadora. También ha publicado, en Norma: *Bichos de cuento; Chau, Señor Miedo; Mascotas de cuento; La escuela es puro cuento (y también un poco de teatro); Hasta el domingo y Pedro y la guerra.*

MARIO MÉNDEZ nació en Mar del Plata en 1965, y vive en Buenos Aires desde hace treinta años. Estudió Realización cinematográfica, es maestro y editor. Escribe principalmente para niños y jóvenes. Entre sus libros publicados cabe mencionar: *El monstruo de las frambuesas; El monstruo del arroyo; Cabo Fantasma* (premio Fantasia de Narrativa, 1998); *Noches siniestras en Mar del Plata; Brujas en el bosque; Dos veranos; Gigantes* (destacado de Alija, 2011), y en Norma: *Los buscadores del Tuyú.*

ANA MARÍA SHUA nació en Buenos Aires en 1951. Es profesora en Letras. Comenzó a publicar sus primeros poemas a los dieciséis años, y ya lleva

más de cincuenta libros editados. Escribe para adultos y para chicos; en Norma ha publicado *Vidas perpendiculares*, en la colección Torre de Papel amarilla, y *Carozo, un perro muy especial*, en la colección Buenas Noches. Por sus textos ha ganado gran cantidad de distinciones, entre las que se destaca el Premio Nacional de Literatura.

Esta obra se terminó de imprimir en abril de 2016,
en los talleres de Primera Clase Impresores, California 1231,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.